

EL

# CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

---

TOMO VIGÉSIMOSEGUNDO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

1863

DECLARACIÓN DE AUTENTICIDAD

Yo, el Sr. [Nombre], de [Domicilio], declaro que el presente documento es una copia fiel y auténtica del original que se encuentra en mi poder.

En fe de lo cual, firmo y sello en la ciudad de [Ciudad], a los [Día] días del mes de [Mes] del año [Año].

[Firma]

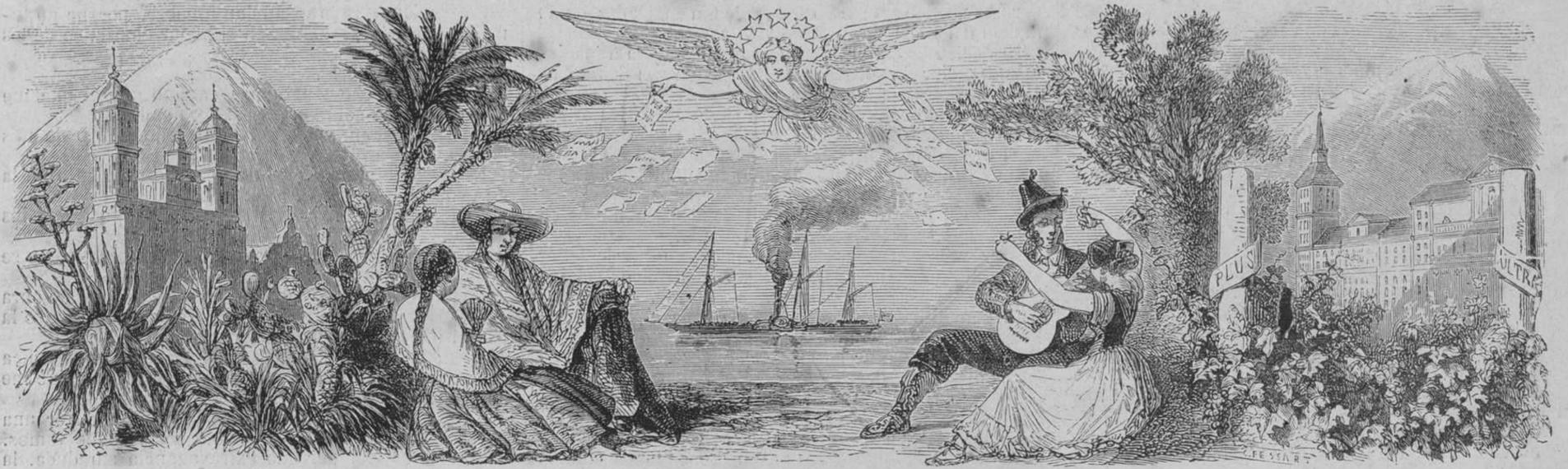
[Sello]

[Firma]

[Sello]

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 547.

## SUMARIO.

La noticia de la toma de Puebla: grabado. — No hay tonos. — Un viaje barato. — Caviliosidad de un vivo al ver enterrar á un muerto. — Viaje de SS. AA. II. el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde: grabados. — Revista de Paris. — El conde de Luce. — Exposicion de bellas artes en 1863: grabados. — La enamorada recluta. — El camino de Puebla á Méjico: grabado. — Sport parisiense: grabados. — Recuerdos y descripciones del suelo vizcaíno. — Revista de la moda. — Nuevo templo inglés en Niza: grabado. — Los nuevos artistas de la Grande Ópera de Paris: grabados. — Problemas de ajedrez: grabado.

## La noticia de la toma de Puebla

RECIBIDA EN FONTAINEBLEAU.

Al llegar á Paris á manos del ministro de la Guerra la noticia en que se anunciaba la toma de Puebla, se remitió inmediatamente á Fontainebleau donde se halla la córte. El emperador recibió el despacho en el momento en que iba á sentarse á la mesa, y despues de haberle leído á los convidados, se le entregó al príncipe imperial para que le arrojara al público desde un bal-

con del palacio. Eran cerca de las ocho, y la música del 4º regimiento de cazadores de la guardia tocaba al pié de las ventanas, cuando se vió aparecer de repente a uno de los balcones al jóven príncipe, y arrojar un billete que contenia estas palabras: *Puebla está en nuestro poder, el general Ortega se ha rendido sin condiciones con 18,000 hombres.*

Esta noticia circuló primeramente entre la multitud y luego por toda la poblacion con la rapidez del relámpago. Al recibirla, el director de la música mandó tocar el himno de la *Reina Hortensia*, que fué acogido con entusiastas bravos y repetidos vivas al emperador. Al



Palacio de Fontainebleau. — S. A. el príncipe imperial arrojando al público el despacho de la toma de Puebla.

anochecer la población se iluminó espontáneamente, y se dispararon cohetes y petardos hasta media noche.  
C.

### No hay tontos.

No me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento.

Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitación. Solo un alma muy pobre se resignaría á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside pues en la cabeza como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la ve detrás de la cara como la luz detrás de un papel transparente.

Pero esto es la regla general.

En una población de doscientas mil almas pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atención al momento las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinación, y esas gentes han comprendido que con el alma á la espalda se anda mas camino. Sobre todo se suben las cuestas con mas facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa mas de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caído el alma á los piés.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les ve inmóviles, siempre en el mismo sitio, sin aliento para moverse.

Llevan siempre la cabeza inclinada, los brazos caídos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desden, que consiste en encogerse de hombros, y es la expresión con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia, los segundos sin fe. Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazón.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran. Su casa, su bolsillo y sus manos están siempre abiertos. Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias ajenas. Cada uno tiene el alma en su almarico.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay mas que echarla flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa, no tiene duda: siempre acaba por quemarse.

No hay mas que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se ve que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se da á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara.

¡Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda!

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿A quién no le ha hecho pensar muchos dias y muchas noches una megilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en las puntas de los dedos. Acaso es la única parte de su cuerpo con que no desatina.

Oidle tocar y oidle hablar, y vereis qué espantosa desafinación. Tiene generalmente la boca del tonto y las manos del genio.

Un orador tiene el talento en la punta de la lengua. Después de pronunciar un discurso de efecto, casi es seguro que no sabe lo que ha dicho.

Pero si esto no fuera tan exacto como á mi me parece, observad que piensa con la punta de la lengua: dadle una pluma y vereis con qué dificultad discurre.

El cocinero es el que ha elegido el sitio mas extravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su oficio con éxito, y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los había porque no se buscaba el talento mas que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener en cualquiera parte, es imposible encontrar un hombre que no tenga talento.

Esto en Madrid es una cosa definitiva.

Aquí tienen talento los académicos y los boleros por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos seres tan distintos y tan semejantes prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita mas que no ser cojo; pero los cojos de entendimiento pueden ser académicos, porque pueden entrar en la Academia apoyados en la muleta del Diccionario de la lengua.

Hay talentos de tal naturaleza que excluyen á los demás, ó mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reúne todas las cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Pero donde esto se verifica mas patentemente es en las academias y en los cuerpos de baile.

A primera vista parece que cualquiera puede tener el talento que se necesita para ser académico ó el indispensable para ser bolero; y es un error.

El talento del académico excluye toda otra clase de talento, y lo mismo sucede con el del bolero.

De manera que para ser académico es preciso ó no llevar otra clase de talento ó dejárselo en la puerta de la Academia, y para ser bolero es preciso absolutamente no tener mas que el talento de bolero.

Por eso los académicos y los boleros son contados. Bailar con talento es poco mas ó menos hacer con los piés lo que los académicos hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular: todo el mundo los admira y nadie los imita.

El bailarín mas consumado no ha conseguido todavía introducir la mas ligera variación en el modo de andar ni de moverse, y la Academia no ha alcanzado aun que nadie retuerza las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de la Academia, todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Aquí es muy fácil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza; pero es imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es como se puede explicar la existencia de algunos académicos, de muchos ministros y de todos los boleros. Hay sin embargo en Madrid un tonto. Tonto como las flores que llenan el aire de perfume para que otros lo respiren.

Tonto como la luz que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua que riega los campos para que otros cojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

No conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes, porque su oficio es sentir las penas de los demás.

Y francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusión: tienen talento hasta los poetas.

### Un viaje barato.

Madrid está muerto.

El verano, que da vida á los campos, mata á las ciudades.

Cuando los pájaros hacen sus nidos, y los árboles se cubren de frutos, y las llanuras de mieses, y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos y de cal que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitación, esperando, para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los frios y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente, medianamente ilustrada, que no haga de la noche dia, así estas ciudades populosas, estas colmenas de la humanidad hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y extensa; como un viajero fatigado en medio del camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar y tragar polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un río que apenas anda oprimido por la red; y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se ve triste, desmayado como la luz de una bugía sorprendida por la claridad de la mañana.

Visto desde la cumbre de la montaña del Principe Pio, durante la noche parece un cementerio. Sobre todo á los pálidos reflejos de la luna.

Desde ese sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero no; respetemos los misteriosos secretos de la corrupción. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta excursión fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en el hogar doméstico de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo mas camino que el que me abra mi pluma sobre el papel; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipaje, ni pasaporte.

Viaje barato que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una excursión de verano que, para hacerla, no se necesita dinero.

No hay un avaro que al leer estos renglones no abra los oídos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que puedo dar un paso entre los hombres sin que me cueste el dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestión importante: es preciso saber á dónde vamos.

Casualmente, y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos, y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro: podemos hacer una elección libre.

Es decir, que podemos mas que el gobierno.

No hay mas que pedir: la naturaleza paga.

Pido pues la falda de una montaña cubierta de césped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres.

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo fresco como la cara de un niño y limpio como la pluma de un cisne.

No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, mas accidentada que una soltera de treinta años y mas caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un precipicio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! magnífico lienzo que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento que azota sin descanso las rocas de la costa y lame eternamente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar: las olas se empuñan y se levantan, y se amontonan y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros piés.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito, no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: ¡Hola!

Hé aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes. Pero necesito sobre todo tener aquí á mi mujer, porque solo sentiría á medias la risueña perspectiva de este paisaje solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengais, traeos vuestros hijos y todo lo vereis con muchos ojos, y todo lo sentireis múltiple como si tuviérais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginación es un recurso que siempre está dispuesto á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusión es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferro-carril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid, y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!

JOSE SELGAS.

### Caviliosidad de un vivo al ver enterrar á un muerto.

Una de las grandes impresiones que desde que tengo uso de razón han producido en mí los varios espectáculos que la vida ofrece, es la solemne ceremonia de dar sepultura á un cadáver; jamás he podido mirar con indiferencia ese triste instante en que ataviado de esta ó de la otra manera el arazon humano, y cuando todavía conserva mucho de lo que constituía su individualidad activa y sensible en el mundo, se le empaqueta en una caja, se le guarda con llave, y se le sepulta en una repugnante fosa, cubriéndole de tierra algunos piés

de altura, ó bien se le clasifica, á manera de expediente histórico en el archivo universal del cementerio, no sin cuidar antes con esmero de cubrir con una carpeta de yeso la exigua estancia que ha de habitar.

Así, que no tengo reparo en confesar que ejerce en mi ánimo una influencia real, y me preocupa mas de una vez con verdadero terror la idea de la muerte considerada bajo este punto de vista; y estoy seguro que la generalidad de las gentes experimenta la misma impresión moral y desagradable que yo, al presenciar semejante acto; por lo menos creo poder afirmar que habría muchos individuos á quienes dándoles á elegir para en su día, entre el sistema actual de enterramiento ú otro que por ejemplo consistiera en urnas de cristal, ó al aire libre, optarían por este último sistema, juzgándole como un verdadero progreso. Yo bien se que al leer lo que llevo escrito, muchos dirán: *¡Qué tontería! ¡mire Vd. qué mas dará, despues de muerto, que á uno le entierren de esta ó de la otra manera!*

Precisamente para rebatir esta idea, es para lo que he tomado la pluma, y vive Dios que no la he de dejar hasta probar algunas verdades de inmensas consecuencias, á saber:

- 1<sup>a</sup> Que la muerte puede ser aparente.
- 2<sup>a</sup> Que el sistema actual de enterramientos es altamente nocivo á la salubridad de los vivos.
- 3<sup>a</sup> Que todo podría evitarse construyendo los cementerios con arreglo á lo que los adelantos de la ciencia exigen y reclama el aumento y ensanche de las grandes poblaciones.

## I.

*Que la muerte puede ser aparente.*

Tristes ejemplos de exhumación, algunos verificados en nuestros días, han venido desgraciadamente á demostrar la posibilidad de este aserto, toda vez que se han hallado rotas las uñas de algunos cadáveres y arañadas sus cajas, como prueba de los impotentes esfuerzos que el supuesto finado haría para salir del horrible ataúd en que se le metió vivo; á otros se les ha visto con medio cuerpo fuera de la caja y con la lengua atarazada, y en fin, no hace muchos días que en Alicante mismo, según la prensa, se ha observado un hecho de analoga índole que con el del ajusticiado de los Estados Unidos, el cual sobrevivió dos días á su muerte aparente (1), vienen á justificar mi creencia en este punto, no ya en las épocas de epidemia, en cuyo caso la excepción se hace mas frecuente, sino en tiempos normales, y cumpliéndose todas las practicas que la defectuosa ley vigente exige. Y si esto es cierto, ¿hay alguno que pueda pensar, sin erizarsele el cabello, en la posibilidad de que un individuo supuesto cadáver, y herméticamente encerrado en su caja, y como si aun fuera poco, metido además en un agujero tapado á cal y ladrillo, vuelva lentamente de su letargo, tenga conciencia de su situación, y víctima de la poca prevision humana, que nunca como en semejantes casos debiera llevarse hasta la exageración, se halle condenado á morir vivo, á ser ajusticiado con la pena mas horrible que puede inventar el pensamiento humano? Y no se me arguya con que jamás se han realizado semejantes hechos; ahí está la historia y la conciencia de infinitas personas que me darán la razón; pero aun cuando hubiera en España un caso nada mas de estos en cada siglo, estaria justificada mi voz de alarma, y cuantas gestiones enérgicas hiciera la opinion pública para evitar semejante mal, que tanto nos interesa á todos hacer desaparecer para siempre.

Hoy todo concurre para que esa horrible posibilidad se realice: muere un individuo, y naturalmente los únicos con quien estaba enlazado por los vinculos del amor, huyen lejos del objeto querido, traspasados por la mas viva y profunda pena, dejando los amados restos mortales al cuidado de personas mercenarias que tienen en aquel acontecimiento, exclusivo objeto de la familia, una perfecta indiferencia.

Ataviante de esta ó de la otra manera, y colocado en su caja le dejan allí con un par de hachones durante veinte y cuatro horas: pasado este tiempo le encierran con llave en el ataúd, y colocado en un carruaje funerario, es conducido al campo santo, en cuyo sitio, despues de las atenciones religiosas por el alma del finado, se da un ligerísimo vistazo por su cuerpo todavía humano; y sin mas ni mas vuelve á ser cerrado herméticamente, y dan con él en el agujero numerado que por suerte le ha cabido en aquel palomar de yeso.

¿Es esto bastante para dar seguridad á los vivos de que serán enterrados perfectamente muertos? ¿Acaso no es cosa sabida que un individuo puede ofrecer todos los síntomas (conocidos por *los vivos*) de los que caracterizan de ordinario la muerte, y que sin embargo sea esta aparente? ¿Por ventura no es un hecho en la ciencia que existe una enfermedad llamada *cataplexia*, en que durante uno, dos y mas días pueden perderse todas las condiciones normales de la existencia excepto el oído, y por lo tanto sepultar en vida al desgraciado que la padezca? ¿Pues qué, no es una verdad en que todos los facultativos están conformes, sea por otra parte

cualquiera el sistema médico que sigan en su práctica, que solo hay un carácter cierto, indudable de la muerte real, y que este carácter es la putrefacción?

Y si esto no admite duda alguna, ¿porqué se da á nadie sepultura, ni se le empaqueta en un nicho, ni se le encierra con llave en la caja mortuoria, antes de que aparezca este sintoma infalible?

¿Porqué, si el principio de la putrefacción es el signo evidente de la muerte, *no se le deja morir por completo al hombre*, dando solo sepultura á sus verdaderos restos, esto es, á los huesos?

¡Tanta solicitud por los vivos para las vías férreas, para el alumbrado de gas, para los telégrafos eléctricos, y tanta imperdonable ligereza para el serio y solemne asunto de su muerte!

Hay además otra consideración que se me ocurre en este instante y que en rigor puede constituir una nueva teoría original y excéntrica (todo cabe en la cavilosidad humana) la cual bien pudiera llamarse teoría químico-orgánica de ultratumba.

La vida es una gran síntesis de la materia, bajo la influencia de ese *quid divinum*, de esa entidad misteriosa, de esa fuerza vital, ó llámese como quiera, que tomando del mundo físico y organizado algunos elementos casi minerales ó algunos grupos moleculares en extremo sencillos, los va complicando sin cesar en el admirable laboratorio humano, hasta llegar á constituir desde el átomo mas rudimentario del organismo, hasta el mas complejo; desde la celdilla elemental hasta el cerebro humano. El alma á semejanza de un gas divino, funciona con la mayor libertad y conciencia propia de su acción independiente, peculiar y distinta de todo lo creado, en el seno de esta maravillosa máquina viviente.

La muerte, por el contrario, es una grande y solemne *análisis* de la materia organizada, provocada por las afinidades químicas, bajo el influjo de los agentes físicos, el aire, la humedad y el calor. Volada al cielo el alma, ese gas misterioso de la vida, cesa al punto la continua actividad del organismo; la máquina humana, falta de motor, se para, y trábase entonces encrespada lucha entre la inercia de los átomos complejos, creados durante la vida y que aun conservan, con el calor de la fuerza singular que los produjo y el incesante empuje del oxígeno del aire, favorecido por los agentes meteorológicos. La materia cede al fin y sucumbe, desmoronándose poco á poco la roca humana, hasta convertirse en menuda arena; porque escrito está por el gran Legislador del universo, que con los despojos del mundo organizado se han de nutrir las nuevas generaciones, así como á su vez los restos de la vida intelectual servirán de alimento á las futuras inteligencias.

Ahora bien, si á esto se reduce la vida y la muerte considerada física y filosóficamente, ¿no podrá suceder en el fenómeno de la fermentación que al trasmitirse el movimiento molecular de átomo á átomo, llegue á comunicarse tambien, mecánicamente, á los nervios encargados de despertar el sentimiento? ¿Que por ejemplo, al descomponerse un pedazo del cerebro humano, haya, siquiera sea automáticamente, una especie de vibración molecular que produzca en el individuo la idea como fosfórica, de un estado, de la misma manera que hay manifestación material del organismo en un cadáver bajo el influjo de la acción galvánica?

En esta hipótesis, ¿no seria horrible la práctica de un enterramiento en que se condena irremisiblemente al individuo á todo auxilio de ultratumba?

Y dígame lo que se quiera en contra de esta idea, que soy el primero en calificar como hija de la quinta esencia de la cavilosidad, nadie puede fallar en absoluto en este asunto, por la sencilla razón de que hay un abismo entre nuestro juicio sobre el particular *estando vivos* y lo que acerca de ello pudiera decir, á ser factible, un *muerto*.

Hé aquí porqué insistiré una y mil veces en que se exageren hasta lo absurdo las precauciones de enterramiento, en el concepto de mis creencias, toda vez que nada se aventura por este camino, mientras que hay gravísimos inconvenientes en seguir con el actual sistema, tan ridiculo como peligroso á los vivos, y sobre todo, á los muertos en apariencia.

## II.

*Que el actual sistema de enterramiento es altamente nocivo á la salud pública*, esta al alcance hasta de las personas de mediana instrucción y criterio. Basta solo el olfato en muchas ocasiones, para convencerse de esta verdad; en efecto, aproxímese cualquiera persona en un día que reine el norte en Madrid, á los cementerios situados cerca de la puerta de Bilbao, y bien seguro que á tiro de bala notará un olor *sui generis*, que en manera alguna observará en los altos del Retiro, ni en campo libre y despejado.

Pues lo que acontece en la dirección del Norte, se realiza por igual motivo en la del Sur, y como gracias al injustificable abandono que en este punto capital existe en la corte de España y con mas ó menos peligro en toda la nación, y con respecto á Madrid podemos decir sin exageración, que en la estadística de inquilinatos forman ya deliciosa sociedad los vivos con los muertos, supuesto que todos los cementerios estrechan en hediondo cinturón de Norte á Sur la mezquina periferia de este desdichado pueblo, que á no ser por los dos ventiladores providenciales, el *Guadarrama* y *Somosierra*, haría imposible hasta la vida de los galapagos en su recinto, de ahí la necesidad imperiosa, urgente,

de cortar de raíz esas emanaciones que á tiro de aliento tenemos perpetuamente sobre nuestros pulmones; especie de sambenito que la falta en el cumplimiento de las leyes que rigen la vida irá haciendo cada día mayor, hasta que llegue un día en que el estrago estalle con toda su horrible fuerza. Ya se ve, como uno no se muere en el acto, ó no se conoce que la muerte repentina sea por esta causa, sino que el venenito se va respirando poco á poco, contentándonos con decir de vez en cuando: « Cuanta gente ha muerto este año, vea usted, don Fulano ó don Mengano, ó aquellos niños, ¡pobres niños!... que estaban tan buenos y tan sanos, han fallecido cuando menos se esperaba... » Nadie se preocupa de esa atmósfera mortífera que la continua respiración de esos campos santos causa sobre la capital, y Madrid sigue disfrutando de ese castigo que la incuria ó la ignorancia, ó una estúpida rutina mantiene como perpetuo censo sobre sus moradores. Por lo demás, ya demostré en un trabajo emprendido bajo la influencia de la misma idea (Estudios químicos sobre el aire atmosférico de Madrid, 1860) que á través de los nichos había perforación de los gases procedentes de la putrefacción cadavérica, aconsejando, según tengo por costumbre, y hasta donde alcanza mi escaso saber, los medios de evitar semejante inconveniente. Aquella Memoria, fruto de algunos años de estudios experimentales, ha sido traducida con aprecio en las naciones extranjeras: en mi patria sirvió para proporcionarme un nuevo y amargo desengaño...

## III.

Que es fácil evitar los inconvenientes señalados en los párrafos anteriores; hé aquí lo que me propongo demostrar en la tercera y última parte de este artículo, dictado bajo el influjo de un buen deseo hacia mis semejantes, y al buen ornato de la población.

El continuado aumento de la capital, su forzoso ensanche á amplísimos límites, juntamente con los males que dejo señalados, reclaman de una manera imperiosa el que se construya un cementerio modelo conforme á las actuales exigencias de la higiene pública y á la tranquilidad del ánimo mas susceptible en los temores antes mencionados.

Un campo santo situado en punto en donde sea absolutamente imposible que llegue jamás el vecindario de Madrid, en que haya un pudridero capaz (1) y con todas las condiciones que hoy puede ofrecer la ciencia, á fin de facilitar la putrefacción y absorber á la vez los gases absorbidos en ella para que no sean nocivos á la salud de los habitantes.

Acompañando esta disposición con algunas otras importantes, como por ejemplo, que en vez de examinar superficialmente los cadáveres en los cementerios, se les sujete á la acción de una fuerte corriente eléctrica ú otras pruebas analogas bajo el cuidado de persona entendida, y en fin, estimulando los estudios prácticos encaminados á facilitar los embalsamamientos hasta las últimas clases de la sociedad, creo que se evitaria el gravísimo mal que dejo señalado: mal que de no corregirse á tiempo puede tomar inmensas proporciones, envolviéndonos un día en los efectos de sus terribles estragos (2).

RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.

**Viaje de SS. AA. II. el príncipe Napoleon**

Y LA PRINCESA CLOTILDE A EGIPTO Y AL ISTMO DE SUEZ.

Un ilustre viajero acaba de recorrer las obras del canal, y con este motivo publicamos diferentes dibujos de M. Barry, que ha aprovechado tan bella ocasión para enriquecer su album egipcio.

Pero principiemos por el principio. Antes de hablar de la visita de S. A. I. el príncipe Napoleon á bordo del *Cambodge*, ese hermoso vapor de la compañía imperial de las Mensagerías donde aceptó un banquete en Suez, tenemos que explicar el dibujo que representa la llegada á Alejandria y el desembarco de Sus Altezas Imperiales.

El bote de ceremonia va á llegar al palacio de Raz-el-Tin, donde espera á los ilustres viajeros S. A. el virey en persona. Pasan entre dos hileras de embarcaciones, donde se apiñan las diputaciones francesas é italianas con sus cónsules generales, y M. de Lesseps, el presidente de la compañía universal á su cabeza; muchedumbre flotante reunida para rendir homenaje al primo del emperador de los franceses y á la hija del rey de Italia. Todos los buques estan empavesados, las baterías saludan, el puerto todo estaba de fiesta el 8 de mayo de 1863.

No entraremos á relatar los detalles de la estancia de Sus Altezas Imperiales en Alejandria y en el Cairo; y seguiremos al príncipe que quiere visitar el desierto y el canal.

El artista M. Barry estaba en Zagarig el 18 en el mo-

(1) ¿Porqué lo que se hace con los cadáveres de los reyes y príncipes, no se ha de hacer con el último cristiano?

(2) Una de las principales prácticas de progreso en Inglaterra, es la entendida aplicación de la higiene pública y privada. ¿Porqué la España católica ha de tener tan descuidado el principio y el fin de la vida, los niños expósitos y los muertos?

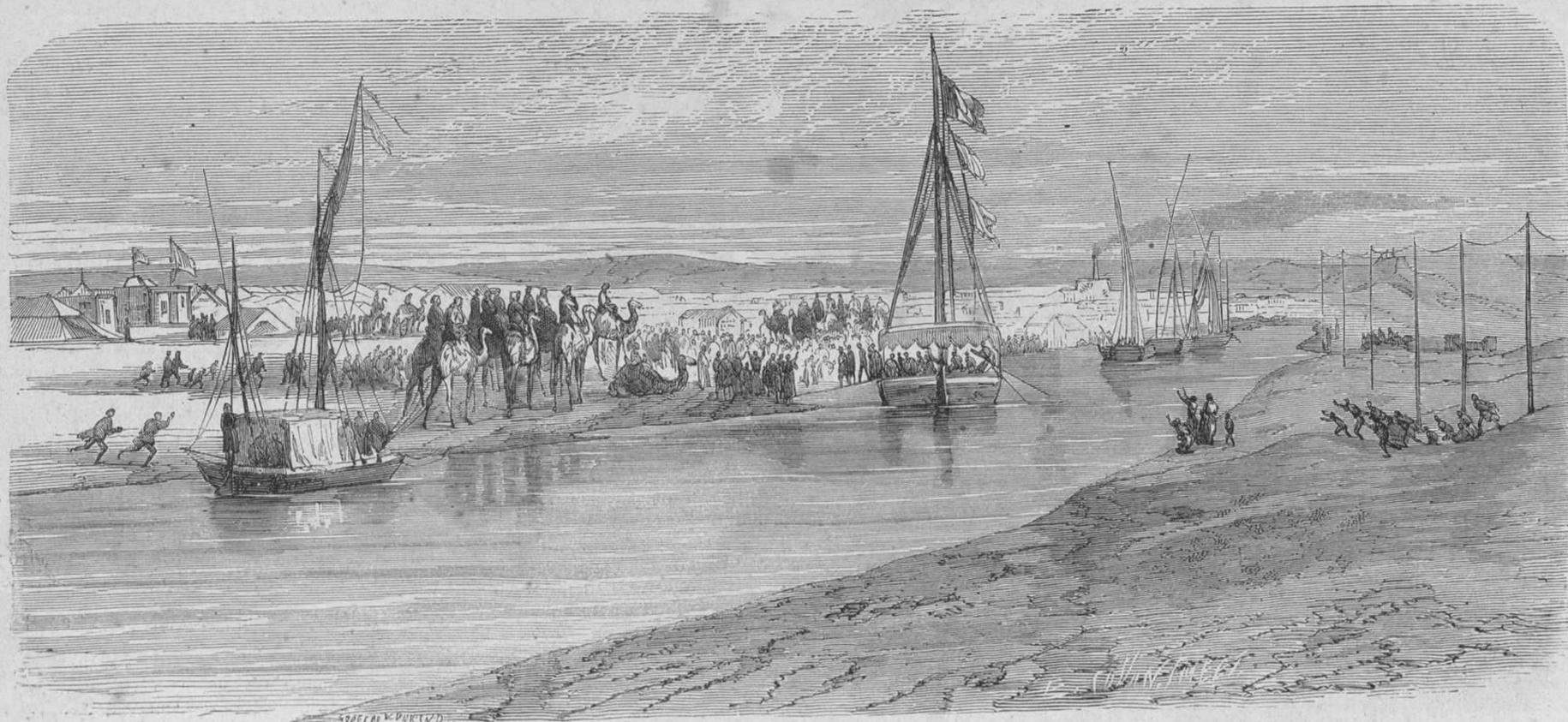
(1) Según los periódicos extranjeros, sentenciado á horca un ciudadano de los Estados Unidos, fué llevada á cabo la sentencia con la modificación de anticiparla algunas horas para evitar el espectáculo; expuesto el cadáver seis horas en el suplicio, fué despues vendido al Dr..., quien inmediatamente le sujetó en su casa á la acción de fuertes corrientes eléctricas que le volvieron á la vida.



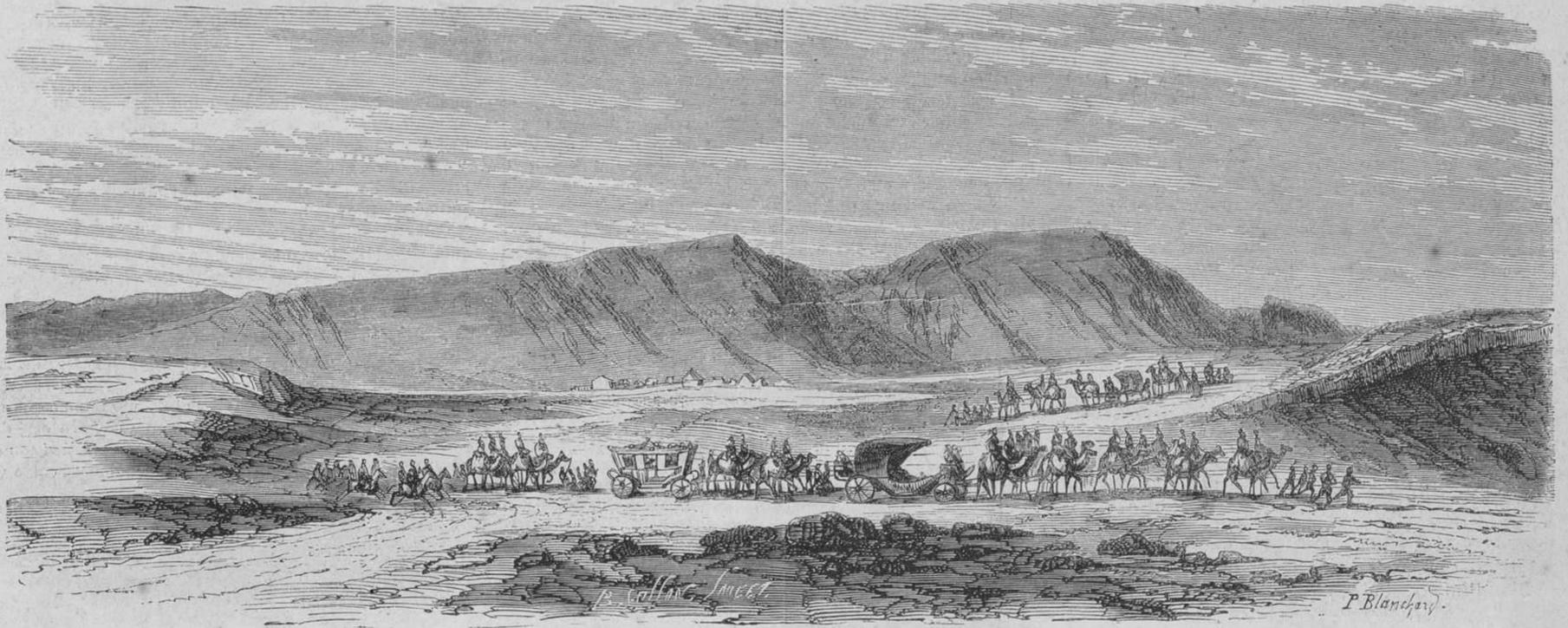
Desembarco de SS. AA. II. el príncipe y la princesa Napoleon en Alejandria.



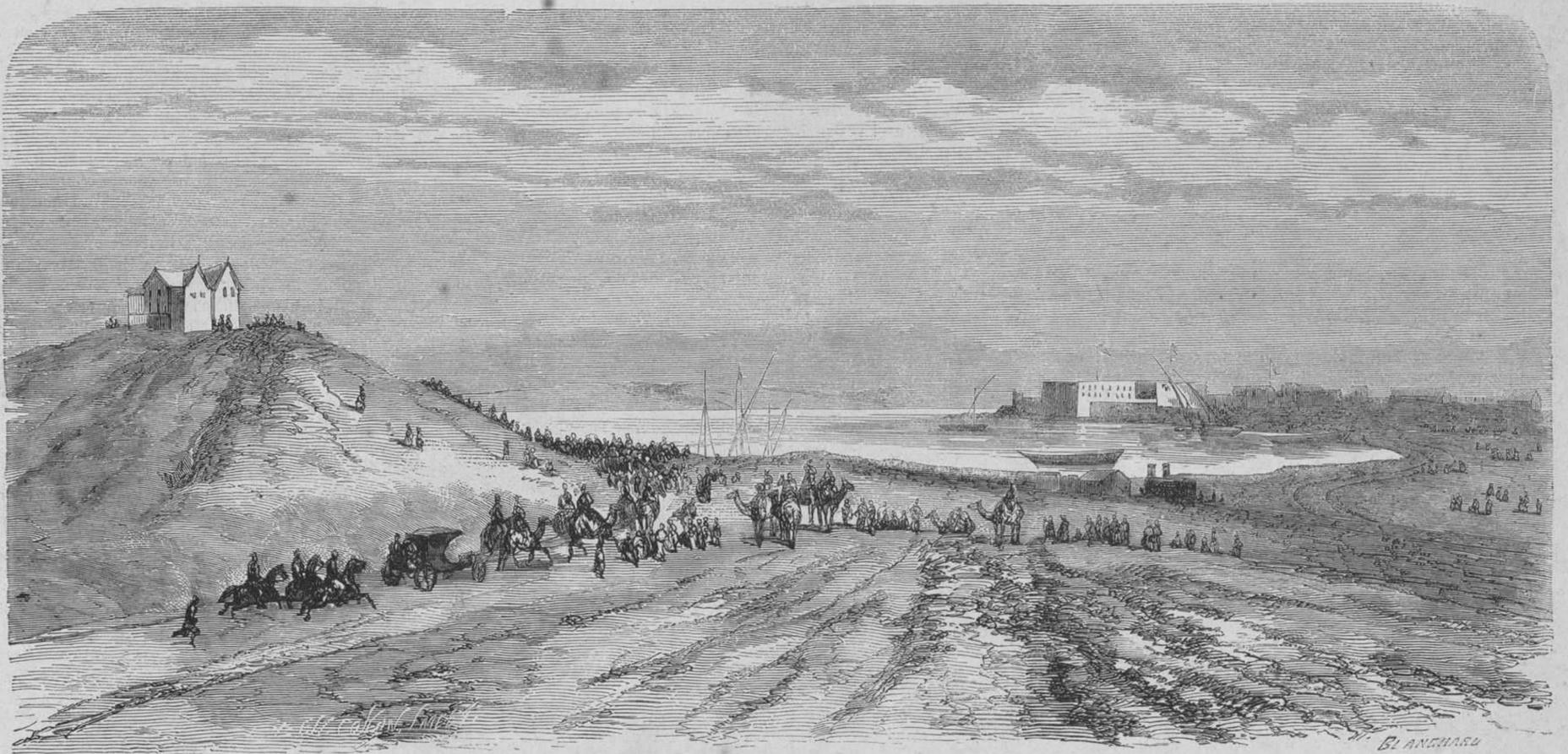
Salida de S. A. I. el príncipe Napoleon de Zagarig con direccion al desierto.



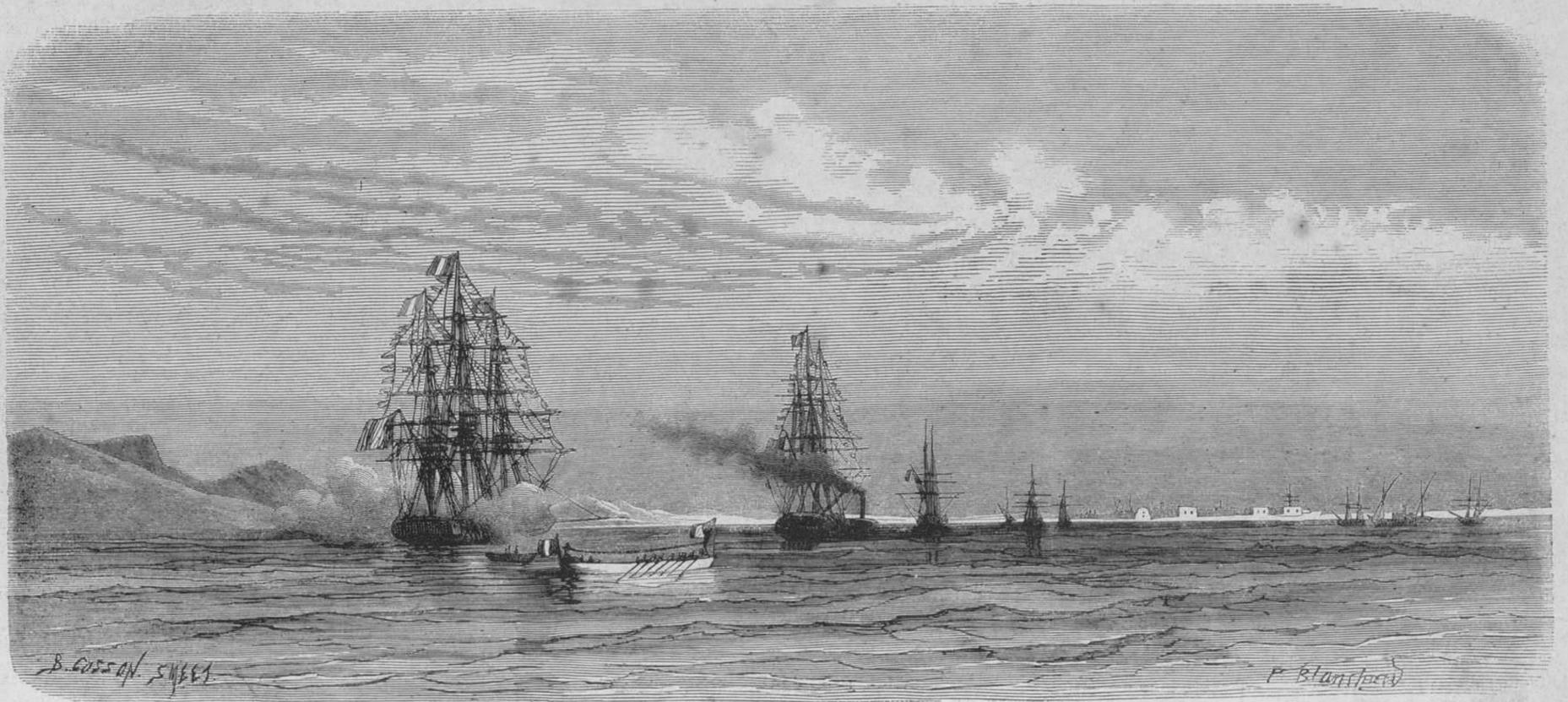
Llegada de S. A. I. el príncipe Napoleon á Ismailia.



Salida de S. A. I. el príncipe Napoleon de Gebel-Genefé para Suez.



Llegada de S. A. I. el príncipe Napoleon á Suez.



Visita de S. A. I. á bordo del *Cambodge* en la rada de Suez.

mento en que llegaba S. A. por el ferro-carril para volver a salir al punto; y así fué que tuvo ocasion de dibujar esta salida.

Los coches de la compañía, los tiros del virey que puso todos sus servicios a las órdenes de su huésped imperial, desembocan de la población sobre la cascada a orillas del canal de agua dulce. Las barcas de la compañía a la derecha, el puente movable sobre la esclusa del canal, las casas, los minaretes de Zagarig, la muchedumbre que rodea y aclama al nuevo visitante, todo esto bañado con el brillante sol de Egipto, formaba un espléndido cuadro.

Pero vamos pronto, pues el tiempo urge, y aunque M. de Lesseps haya detenido al príncipe en Tell-el-Kebir, centro de los servicios agrícolas de la compañía, cuya organización quiso explicarle, tenemos que asistir al desembarco en Ismailia, capital de la provincia del desierto. Y es de advertir que Ismailia es una verdadera ciudad, no obstante que su fundación no tiene más de un año. Tiene sus calles, sus muelles, sus plazas y sus baluartes. El humo de una fábrica en el fondo del cuadro indica que la industria se ha instalado en ella. El chalan-salón sobre el cual ha viajado el príncipe con toda su comitiva, llega a las primeras casas del arrabal, donde están reunidos los operarios europeos y egipcios, los ingenieros, los funcionarios y los empleados de la compañía. El gobernador de la provincia Ismail-bey, promovido últimamente por el virey a ese puesto importante que es tan digno de ocupar, se guardó muy bien de faltar a esa recepción del huésped de su soberano en la provincia añadida por la civilización a sus Estados.

Descansemos un rato mientras S. A. visita la población, la inmensa zanja del « seuil » por donde el agua del Mediterráneo entra en el lago Timsah, y las obras de Tussum y del Serapeum, donde el príncipe verá agrupados y trabajando con brio a diez mil hombres, según han visto ya nuestros lectores en otras láminas publicadas en números anteriores. Tomemos el canal de agua dulce de Nefiche a Gebel-Genefé, que el barco de los visitantes nos alcanzará en el puerto establecido en el centro de esas hermosas canteras, que parecen preparadas para la naturaleza para suministrar piedras a la construcción de cien ciudades en el desierto.

Allí se detuvo, y después de pasar la noche va a partir: acompañémoslo. La caravana lo merece, como se puede comprender por el dibujo. Esta vez no es un carriote tirado por camellos y escoltado por jineteros, sino que es un verdadero y magnífico cortejo. Gran carretela de ocho resortes, coche de gala que parece una carroza de consagración, cabrioles, hay de todo, con puestos para todos. ¡Qué hermoso efecto produce ese desfile bajando del campamento para dirigirse hacia Suez adonde llegaremos hoy!

Nuestro dibujante ha podido trazar esta llegada a la casita rústica del virey que ocupa la izquierda de su dibujo. Se cruza la línea del ferro-carril como le cruzará en breve el canal de agua dulce cuyo trayecto se ha seguido. La población está enfrente, y se pueden distinguir los perfiles de las casas y los de las montañas de la Arabia. Esta llegada merece un dibujo.

Hémos aquí en la última lámina. S. A. I. atraviesa en un bote la rada de Suez para llegar a bordo del *Cambodge* que hace fuego en todos sus hornillos para el banquete dado por la compañía de las Mensajerías imperiales, en tanto que la fragata de la marina imperial, *l'Hermione*, saluda con toda su artillería. Varias embarcaciones y un vaporcillo transportan a bordo a las autoridades egipcias, a los oficiales de las marinas francesa e inglesa, y a los convidados que el príncipe quiso reunir a su mesa antes de despedirse del desierto que acaba de recorrer y admirar. S. V.

### Revista de Paris.

A la hora en que escribimos, Paris, el Paris elegante y aristocrático, se halla diseminado en Baden, en Spa, en Homburgo y demás lugares favorecidos por la moda. En el libro de oro de cada uno de estos sitios célebres se escriben todos los días los nombres más ilustres, nombres que reproducen los periódicos de Paris en forma de *reclamo* para atraer a los recalitrantes. De Homburgo anuncian que el verano de 1863 será memorable en sus anales, pues la afluencia de extranjeros sobrepasa ya en el día todas las previsiones. En la primera quincena de junio, el ferro-carril de Francfort a Homburgo ha transportado más de doce mil viajeros con dirección a aquellos baños, y en la última semana más de quinientas familias han acudido a beber las aguas de la fuente *Elisabeth*. Y a esta noticia siguen los principales nombres que constan actualmente en los registros de Homburgo, príncipes, duques, marqueses, embajadores, ministros, etc., etc. Otro tanto escriben de Baden, de Ems, de Spa y de Vichy, mientras llegan iguales anuncios de Trouville, de Dieppe y de los Pirineos. ¿Quién resiste al honor de figurar en listas semejantes?

Hay sin embargo una multitud de parisienses de las clases acomodadas, que por razón de sus ocupaciones tienen que contentarse con una residencia campestre en las cercanías de Paris, a proximidad de una estación de camino de hierro, para poder hacer el viaje a la capital diariamente, con la menor fatiga posible. En este contorno de la gran ciudad es donde se encuentra en efecto la masa de la población parisiense, y por lo tanto en más de una ocasión deberá ser teatro de nuestra crónica. Precisamente hoy tenemos que contar una anécdota que podría ser argumento para un cuadro dramático de gran efecto.

El jueves último, el director de una compañía de seguros, designado con la inicial B..., había ido a visitar a uno de sus parientes que habita una propiedad cerca de Saint-Cloud; y le acompañaban su hija, de edad de diez y seis años, y una criada.

Por la tarde, después de haberse despedido de su pariente, quisieron dar una vuelta por el campo, y distraídos con el paseo, se alejaron de tal modo que llegó la noche y se encontraron perdidos.

En cualquiera otra circunstancia nuestro personaje se habría reído de la aventura; pero el tiempo amenazaba lluvia, y su hija se quejaba del cansancio, agravado por una indisposición.

El sitio estaba desierto, mas no obstante, acabaron por descubrir una cabaña aislada, y yendo a ella, observaron con alegría que brillaba luz por las rendijas de la puerta.

El paseante llama, y al mismo tiempo se oye en el interior una exclamación de temor ó de susto.

Una voz algo ronca pregunta quién es, y qué es lo que buscan a tales horas.

Nuestro individuo expone en pocas palabras que desea obtener la hospitalidad, y apoya su petición con una oferta generosa.

Sigue a esto una discusión dentro de la cabaña, pero en breve se levanta la barra de hierro que cerraba la puerta, y aparece un hombre de unos cincuenta años, de alta estatura, y cuya mirada sombría no es propia para infundir la mayor confianza; al ver allí tres personas, frunce las cejas y declara que le es imposible recibir tanta gente.

No por esto se desanima el paseante; al contrario, manifiesta el apuro en que se halla y el estado de padecimiento de su hija, y se limita a pedir una cama para ella y un montón de paja para él; repitiendo que pagará liberalmente.

Sin contestarle, el hombre vuelve a entrar en la choza y habla en voz baja a su mujer, que parece oponerse a lo que él desea; el coloquio se prolonga un poco, pero el marido le pone fin declarándose por la afirmativa.

Seguidamente hace entrar a los viajeros; y la mujer, cuyo aspecto es más sombrío aun que el del marido, y en cuyo rostro se ve la huella de lágrimas recientes, les ofrece un refrigerio. Luego sale con su marido y vuelve a poco rato diciendo que ha preparado para el padre una cama en la única pieza que hay sobre la cocina, y que la hija y la criada ocuparán el cuarto y el lecho de los esposos, que se irán a dormir al granero.

Los paseantes, que no habían cesado de observar la preocupación y el ceño del matrimonio, no las tenían todas consigo. Sin embargo, la joven acabó por dormirse, así como su criada; pero el padre no podía conciliar el sueño. En los movimientos propios del insomnio había perdido su pañuelo que puso sobre la cama, y buscándole en la oscuridad, extiende el brazo hasta la pared y le baja hacia el suelo por el espacio que había entre esta y la cama; mas ¡cuán grande no sería su horror cuando su mano tropieza con un objeto helado que reconoce al punto por un brazo humano!

No puede figurarse otra cosa sino que se halla en una guarida de asesinos. Temblando sobre todo por su hija, se viste apresuradamente para hallarse pronto en caso de ataque, suponiendo que los miserables, si tienen proyectos siniestros, pasarán por delante de su puerta antes de entrar en el cuarto de la joven.

Dos largas horas transcurren, y todo permanece en calma y en silencio.

Por fin despunta la aurora, y en el cuarto se difunde alguna claridad. Nuestro hombre se arrodilla, echa una mirada debajo de la cama, y descubre, tendida a lo largo en el suelo, una joven muerta y vestida probablemente como se hallaba al exhalar el último suspiro.

En este momento se oyen pisadas de caballo a cierta distancia: M. B... se asoma a la estrecha ventanilla, y distinguiendo una patrulla de gendarmería, se pone a gritar con todas sus fuerzas, pidiendo socorro y agitando su pañuelo.

Los gendarmes acuden, invaden la casa, y todo el mundo se pone en pie. El labrador y su mujer se quedan aterrorizados al oír la acusación que dirigen contra ellos; pero sus explicaciones, confirmadas por una información judicial, cambiaron completamente el aspecto de las cosas.

Su hija había fallecido pocos momentos antes de la llegada de los viajeros; su larga enfermedad había arruinado a los pobres labradores; no habían querido rehusar los generosos ofrecimientos de M. B..., que llegaban en aquel instante como un socorro inesperado, y no sabiendo donde depositar el cadáver de su difunta hija, le habían metido debajo de la cama.

La salida al campo del mundo aristocrático ha proporcionado a un caballero de industria un expediente bastante original para improvisarse recursos.

En su primera juventud nuestro hombre había estudiado la pintura; pero no habiendo conseguido hacer progresos, le había sido preciso renunciar al arte.

Sin embargo, había llegado a ser lo que llaman « amigo de los artistas, » y con este título frecuentaba los estudios donde sabía hacerse lugar sirviendo para todo, por manera que soporaban su presencia fácilmente.

Sabido es que hay en Paris muchos particulares opulentos que poseen galerías de cuadros, cuyas puertas abren gustosos a la admiración de los aficionados, principalmente cuando son extranjeros; y en caso de viaje, dejan ordenado que no se altere esta costumbre en su ausencia.

Varias veces Saturnino (que este es el nombre del caballero de industria) se había presentado en compañía de artistas en estas galerías, donde ya era conocido de vista.

Vestido elegantemente, andaba dando vueltas por delante de las casas en que venden cuadros y en las salas de almoneda de objetos de arte del hotel Drouot; y cuando distinguía un individuo que regateaba alguna pintura vanamente, le llamaba aparte y le decía:

— Si está Ud. decidido a comprar una obra de mérito, le puedo ofrecer a Ud. para que escoga una colección magnífica. Yo poseo una galería muy notable, y circunstancias imprevistas me obligan a deshacerme de varios de mis cuadros. Por una susceptibilidad artística fácil de comprender, no querría verlos caer en manos de personas desprovistas de buen gusto, y en vez de traerlos a un mercader, prefiero venderlos a un precio infe-

rior a un aficionado verdadero. Si la cosa le conviniese a usted, puedo llevarle mañana a mi galería.

Se daban una cita, y Saturnino corría a una casa donde había una galería cuyo dueño sabía él que se hallaba de viaje, y advertía al portero que al otro día vendría acompañando a un extranjero de distinción, al propio tiempo que le ponía en la mano una moneda de oro de diez francos.

El portero, que había visto ya repetidas veces a Saturnino en compañía de artistas de fama, le contestaba que podía traer a su hombre cuando le pareciera.

Con efecto, en la mañana siguiente llegaba Saturnino con el aficionado. El portero tocaba una campana, y aparecía un criado que llevaba a los visitantes a la galería, deteniéndose discretamente en una de sus extremidades.

Examinaban los cuadros, y el extranjero elegía uno ó varios cuyo precio regateaba hasta ajustarle.

— Puede Ud. mandar a buscarle cuando guste, decía el vendedor al comprador; voy a dar a Ud. dos palabras escritas a fin de que le entreguen las pinturas al mismo tiempo que verifique su pago, pues yo debo ausentarme, y quizá no esté de vuelta mañana. Únicamente suplico a Ud. que me dé a título de señal doscientos ó trescientos francos que mencionaré como valor recibido en mi carta.

El comprador sacaba de su cartera un billete de banco y le entregaba al aventurero. Este pedía al criado recado de escribir y extendía la esquila, después de lo cual salían conversando, y en la calle se separaban.

Al día siguiente el comprador se presentaba con un mozo para sacar los cuadros. Los criados le tomaban por un loco, pero cuando daba a leer su escrito, reconocían y le hacían comprender que había sido víctima de un tunante.

El regreso imprevisto del dueño de una galería en la cual se hallaba Saturnino preparando otra estafa, motivó una escena de cuyas resultas el aventurero ha ido a parar a la cárcel.

En la última semana se han estrenado dos lindas comedias, una en el Teatro Francés y otra en el Gimnasio.

La primera se titula el *Palco de Opera*, y ha sido escrita por uno de los más afamados cronistas de Paris, M. Jules Lecomte, que si no nos engaña nuestra memoria, contó ya su argumento no hace muchas semanas a los lectores de su crónica.

Se trata de un joven ciego, recientemente operado de la catarata, que asistía al tocador de una señora sin que esta pudiera sospechar que tenía a su lado dos ojos de linco.

Cuando por fin conoce el secreto, la dama en cuestión, avergonzada y confusa, no encuentra otro medio de salvar la dificultad de su situación que el de casarse con el joven.

A decir verdad, la historia no es nueva, pues antes que M. Jules Lecomte, Scribe la trató en el teatro en su pieza titulada *Acleon*; pero la gracia con que está escrita la comedia y el incontestable talento de sus intérpretes (Bressant y la Magdalena Brohan), la han valido un éxito en su primera representación que se va confirmando en las siguientes.

La pieza del Gimnasio se titula el *Tren de media noche*, y sus autores son Enrique Meilhac y Ludovic Halevy.

Un joven en visperas de casarse se decide a romper con la familia de su futura, y la carta que la dirige para este fin cae en manos de una criatura que hace con ella unas cuantas pajarritas.

Las relaciones no se interrumpen pues, y una mañana nuestro joven se deja llevar a la alcaldía y a la iglesia, donde dobla el cuello a la coyunda.

Solo después de la boda tiene lugar una explicación entre los esposos; y como es ya demasiado tarde para separarse, resuelven vivir políticamente a los ojos del mundo.

Justamente, hé aquí una pareja muy enamorada que viene a visitar al nuevo matrimonio en una casa de campo de las cercanías de Paris. No hay remedio, es preciso salvar las apariencias, y los recién casados fingen una ternura, una armonía que están muy lejos de sus intenciones, ó al menos así lo creen; pero cuando sus amigos se retiran para tomar el tren de media noche que debe trasladarlos a su domicilio parisiense, la mentira se convierte en una realidad; el marido adora a su mujer, la mujer no puede ya vivir sin su marido, y el infierno del matrimonio se convierte para ellos en un paraíso lleno de promesas de felicidad.

Esta comedia en dos actos, que se escucha con gusto desde el principio hasta el fin, perfectamente desempeñada por los principales actores del Gimnasio, promete a la empresa una buena serie de representaciones.

En el teatro imperial del Chatelet están muy adelantados los ensayos de un drama sacado de una novela inglesa célebre en el día, escrita por miss M. E. Braddon y titulada el *Secreto de miss Aurora*. Los autores del arreglo son M. Lambert Thiboust y Ch. B. Derosne. Según los periódicos teatrales, habrá en esta pieza una nueva maquinaria introducida por la ciencia en el dominio dramático, y cuyo privilegio ha sido comprado por 20,000 francos a M. Pepper, director de la institución politécnica de Londres.

Esta innovación es una especie de fantasmagoría, que en vez de reproducir los objetos sobre una superficie cualquiera, los refleja en el vacío. Gracias a este sistema, saldrán al escenario tres espectros, que después de pasearse por él desaparecerán instantáneamente.

Uno de estos espectros se sentará en un banco; un personaje del drama se precipitará sobre él para abrirle la cabeza, y solo romperá el banco, pues el hacha no habrá hecho más que atravesar una sombra. Otro fantasma se adelanta con los brazos extendidos; le sacuden tajos y mandobles y él continúa andando; le cortan la cabeza, salta la sangre, y el espectro no interrumpe su marcha. Le hacen caer al suelo y vuelve a ponerse en pie... Los que han presenciado los ensayos, dicen que este cuadro es de un efecto terrible y de una ilusión escénica nunca vista.

M. Pepper se halla en Paris hace unos días enseñando el manejo de su aparato a los tramoyistas del teatro del Chatelet, y recibe de la empresa 1,000 francos diarios, suma igual a la que le produce la aplicación de su descubrimiento en Londres.

MARIANO URRABIETA.

### El conde de Luce.

El conde Enrique de Luce era seguramente el más comedido, el más juicioso de los oficiales del regimiento de Picardía; en todas partes se le citaba por sus buenas costumbres, la regularidad de su conducta y la exactitud en el servicio. Los jefes se complacían en presentarle como modelo a los evaporados mozalbetes que llovían de la corte a los primeros rumores de una campaña.

Y sin embargo, ¡cosa singular! el conde de Luce apenas tenía veinte y cuatro años, y desde que compró la charretera, no se le contaban arriba de cuatro desafíos. No obstante esta virtuosa reputación, se suponía que el corazón del joven oficial era más caliente que la cabeza. Merced a la organización de la milicia de entonces, era a mediados del siglo XVIII, hallaba medio de pasar la tercera parte del año en París, donde por su buena traza era amistosamente acogido en las mejores casas, y otra tercera parte la empleaba en vagar de quinta en quinta ó de castillo en castillo, como se quiere, visitando conocidos. Empero los cuatro meses restantes estaban escrupulosamente consagrados al servicio de su regimiento y a estudios militares salpicados de algunos bailes y banquetes por vía de paréntesis.

Cuando comienza nuestra historia, hacía quince días que el conde de Luce estaba en Lila. Se ocupaba detenidamente en liquidar una cuenta que un acreedor indigno le presentara por desayuno, cuando un propio le entregó una carta cuyo sobre y sello atrajeron a su rostro subido carmin. Interrumpió el examen de la cuenta y devoró con la vista el billete garrapateado de patas de moscas. Terminada apenas su lectura, tiró su débito, se avalanzó a la casaca, se ciñó la espada y escapó después de encomendar a su criado que le tuviera dispuesta una silla de posta para medio día.

El acreedor, estupefacto recogió su papel, se guardó los escudos que ya el conde de antemano sacara sobre la mesa, porque como gran señor no solía examinar hasta después de haber pagado, y fuese a esparcir por la ciudad la nueva de que llamaban de la corte al conde de Luce.

Una hora después volvió sofocado nuestro oficial, había obtenido un permiso de sus superiores, y sin perder un instante, subió a la silla de posta que echó a correr.

Luego que estuvo repantigado en los cojines del carruaje y que empezaron los árboles del camino, las chozas y los molinos a bailar un vals a lo largo de las portezuelas, sacó Enrique el billete del bolsillo, causa accidental de todo aquel estropicio, y leyó de nuevo lo que sigue:

« Dicese que las personas que aman de veras pueden mucho y que ningún obstáculo las detiene. Es llegado el caso de probármelo, si como tantas veces habeis repetido, me amais a mí sola. Mi tía quiere entregar mi mano a un caballero de la corte de muchas campanillas, si de aquí a quince días no habeis entrado en el disfrute de todos vuestros bienes. Es inflexible y se ha obstinado en no alargar el plazo ni un día más. Os prometo resistir toda mi vida a una unión que me separe de vos; mas entonces tendré que retirarme a un convento, y religiosa ó casada, habeis perdido para siempre a vuestra — LUISA. »

La joven que esta carta escribía, tenía por tutora una señora muy experimentada en negocios de este mundo; sabía que el conde de Luce no entraba a disfrutar su hacienda hasta los veinte y cinco años, y el año que le faltaba para esta edad podía ser fecundo en acontecimientos, tales como olvido, aficiones nuevas, etc., etc.

Bien hubiera podido evocar sus recuerdos en apoyo de esta suposición que Luisa rechazaba con indignación, y por esta razón no quería que su pupila con dos pretendientes se quedase sin marido: uno ú otro habeis de tener en el término de quince días, dijo: lo que hay que buscar es marido, no individuo.

Pero el conde de Luce estaba bajo la dependencia de su tío a quien su madre confiara la administración de los bienes de su hijo hasta su mayor edad, temiendo que en la juventud disipase la mayor parte, como tantos otros tienen costumbre de hacer. El bueno del tío vivía en un rincón de Borgoña, y Enrique que no le había visto muchos años había, apenas recordaba las facciones de su rostro.

Tristes reflexiones se le ocurrían corriendo la posta; por lo que siempre oyera decir, tenía malísima opinión de los tios en general, y el suyo, arrinconado en una provincia, a más de cien leguas de París, le parecía el peor de todos. — Será algún viejo gotoso, lleno de achaques y fastidioso como el solo. Tendré que aguantar un fuego graneado de sermones, beber mala cidra y jugar al ajedrez con dos ó tres vecinos viejos hidalguitos campesinos que me aburrirán a comentarios sobre la cebada y la avena. Triste cosa es la moral cuando la desgracia obliga a escuchar sus preceptos. Y sin embargo, de muy buena gana le perdonaré los sermones a trueque de que se enternezca su corazón.

A medida que se acercaba el carruaje, aumentaban los temores del conde Enrique, maldiciendo la sabia prevision de su madre.

Llegó por fin cuatro días después de su partida de Lila. Al saltar del carruaje, descubrió el oficial en un vasto patio una reunión de cazadores que echaban el trago de estribo antes de montar a caballo. Grande era el estrépito: los picadores azuzaban a los canes que ladraban a destajo, y el respetable vino de Borgoña cor-

ría en vasos de notable concavidad: todo era buen humor; todo algazara.

— ¿El señor baron de Vendré? preguntó Enrique acercándose a un grupo de cazadores que reían a carcajadas.

— Yo soy, caballero; ¿en qué puedo servirlos? El que contestaba era hombre de edad proveya, y en su rubicunda faz y bermejos labios destellaba la mas bulliciosa alegría: ibase ya disminuyendo el equilibrio de su talle con los progresos de un vientre que declaraba su tendencia a la obesidad; pero por lo demás, no era mal parecido, y conservaba restos de su primitivo vigor: llevaba un sombrero de fieltro gris, adornado de plumas verdes, y en la mano tenía un latiguillo.

— Yo soy, repitió, yo, el baron de Vendré. Atónito el conde de Luce contemplaba al tal personaje con tan profundo asombro, que a no ser por esta réplica, habría seguido largo rato inmóvil y mudo.

— Tío, exclamó por fin exhalando un suspiro, ¿sois vos?

— Yo soy, sobrinito, porque supongo que lo sereis cuando me llamais tío. Mas ya caigo. Enriquillo, me acuerdo que os dejé tamaño y os encuentro teniente y mejor mozo que yo. Permitid que os presente a estos señores, añadió; entre jóvenes pronto se entablan relaciones. A propósito, querido, ¿puedo saber a qué propicia casualidad debo la fortuna de vuestra visita?

— ¡Cáspita! pensó Enrique, es llegado el momento terrible. Un asunto grave, gravísimo, me conduce a vuestra casa si...

— ¡Un asunto! interrumpió el baron; pues los negocios para mañana, y que ocupen el sagrado lugar después de los placeres. ¡De caza! y vos, querido mío, ¡a caballo! que a vuestra edad no hay fatiga; ¡correremos un ciervo, y a la noche a casa!

No se atrevió Enrique a rehusar, y al cuarto de hora iba a escape en pos de su tío que corría y se agitaba como un loco.

Por la noche al acostarse, molido y asendereado, no dudaba Enrique del éxito de su empresa... ¡Qué buen humor gasta mi tío! imposible es que no nos entendamos a la primera palabra.

Pero el bueno del tío era zorro viejo y el grave negocio de su sobrino le había dado mucho en qué pensar. Por experiencia sabía que el origen de los pesares de la juventud reside en deudas ó en amorios. No era seguramente amor lo que su sobrino iba a buscar a Borgoña; por consecuencia, solamente deudas habían podido reducirle a aquella visita, y el grave asunto sería un empréstito. Mas hartó tenía el baron con poder cubrir sus gastos cuanto ni mas prestar a otros, y se propuso obrar de modo que fuese imposible al oficialito abordar tan espinosa cuestión.

Mas si al uno contenía el temor, al otro le aguijaba la impaciencia, y a pesar de su habilidad no pudo cortar el baron una entrevista oficial.

— Señor conde, dijo afectando una gravedad poco habitual en él, dispuesto estoy a oiros: mas pensado bien, hay capítulos en que mi severidad es inexorable, y si son calaveradas lo que teneis que contarme, buscad otro confesor...

— No se trata de calaveradas, sino de amor... — ¡Amor! ¡amor! les parece a los mozalbetes del día que no hay razón alguna que oponer a esta palabra...

— Pero tío, no estais tan alejado de la juventud que no podais comprenderla.

— Por supuesto, cuando se trata de alguna reina de la ópera... ¡Oh! a estas hembras las conozco mucho... de oídas, añadió con viveza: dicen que son perjudiciales para los hijos de familia.

— Sin duda: pero ahora no se trata de ellas. Amo a una señorita de buena familia con quien deseo casarme.

— ¡Bah! ¿quereis casaros? ¿y cómo se llama la princesa?

— Mlle Luisa de Orbigny, una muchacha preciosa, bonita como los ángeles... y que...

— Y que posee todo género de virtudes; ya me hago cargo. Pero de positivo, esto es, de dote, ¿qué tal andamos?

— Treinta mil libras de renta.

— Hombre, pues no te descuides. Y a mí, ¿qué me querias?

— En primer lugar, solicitaba vuestro consentimiento, y después...

— ¿No es mas que eso? concedo. Vaya, vaya, pues poquito placer tengo yo en hacer feliz a mi sobrino... a tan poca costa, añadió por lo bajo.

— Es que no he concluido, interrumpió el conde. — ¿Cómo?... — Para alcanzar el consentimiento de la tutora de mademoiselle de Orbigny, es necesario que yo entre inmediatamente en posesión de todos mis bienes, muebles y raíces, según dicen los procuradores.

— En eso no consentiré yo jamás, exclamó el baron espantado. ¿Quereis que sea yo cómplice de vuestras disipaciones? no, señor, no; yo guardo los bienes y no los soltaré...

— Pero si... — No hay pero que valga. Vuestra madre supo muy bien lo que se hizo; ya estais entrapado hasta los ojos.

— ¡Yo trampas! ¡qué calumnia! ¿Quién ha osado decir?... El baron hubiera podido contestar que hablaba por una suposición sugerida de sus propios recuerdos: pero se calló.

— No teneis trampas, pues no importa, las tendreis.

El amor es muy pródigo, y capaz de todo género de locuras.

— Señor baron, esto han traído de parte de la señora consejera, exclamó de pronto un lacayo alargando un billete coquetamente plegado.

— Os dejo, dijo el baron así que leyó; un negocio importante me llama a otra parte. Siento en el alma no poder complacerlos: pero no puedo consentir en dejaros arruinar. — Voy corriendo, voy a la cita, murmuró entre dientes: ¡si estará todavía!

El lacayo era muy discreto; pero no había aprendido a resistir a dos ó tres luises de oro, y los que M. de Luce le metió en la mano le infundieron grande locuacidad. Contó por lo tanto que la dama del billete era esposa de un consejero del parlamento de Dijon, bonita todavía aunque frisando ya en los cuarenta, y sobre todo muy coqueta. Tenía costumbre de pasar el verano en su castillo vecino del de M. de Vendré, quien supiera aprovechar esta circunstancia para menudear las visitas.

No dejó de chocarle al conde de Luce la conducta de su tío.

— No se dirá de él ciertamente que pone la moral en acción.

Toda la noche estuvo cavilando sobre su aventura sin sacar nada en limpio: no conocía medio alguno legal de cohibir al baron a devolverle sus haciendas, y habían ya transcurrido cinco días desde su salida de Lila: dos necesitaba para pasar a París, y por consiguiente apenas le quedaba espacio para llevar a buen puerto su negocio.

Vinosele a las mientes el capricho de ir a presentarse al castillo de la consejera en calidad de sobrino de M. Vendré. En este concepto llamó a su criado y le mandó preparar su traje de sociedad, único que había traído.

— Lo siento en el alma, contestó el criado, pero no le tengo.

— ¿Pues qué has hecho de él, tunante? — Le ha visto el señor baron, se lo ha probado, y gustándole mucho, se lo ha llevado para enviarlo a su sastre que le haga otro igual. Os le volveré dentro de ocho días.

— Ese hombre quiere acabar conmigo. ¡A los cincuenta años! Ayer me sermonea y me deja bruscamente para correr a una aventura: el día que llego me hace jugar al faraon y me toma diez luises prestados para pagar su pérdida: hoy me roba mi único vestido, y me deja con solo el uniforme. Aquí está invertido el orden de la naturaleza, y el regimiento de Picardía se mofará de mí si me dejó engañar mas tiempo.

Conforme se alargaba el monólogo, se desenvolvía la cólera del conde.

— Véase cómo es recompensada la virtud sobre la tierra, continuó cruzando su habitación en todos sentidos. ¿Qué mas hubiera podido sucederme a haberme conducido como tantos otros tunos que yo conozco? Está visto que yo aquí represento un papel harto ridiculo, y es preciso mudar de bisesto. Desde hoy hago dimisión de la moral: ya que no puedo convencer a mi tío, al menos tendré la satisfacción de desesperarle imitándole.

Preñado de su resolución, debutó M. de Luce con apropiarse el almuerzo del baron, y dió tan estupenda carrera a su caballo favorito, que el pobre animal quedó derrengado y medio muerto.

Hizo gala de un talaverismo desenfadado que se manifestaba por una serie de bromas imprevistas, de las que la menor producía el resultado de alborotar la casa en mitad de la noche. Gracias a su bulliciosa actividad, no cesaban las partidas de caza y pesca: las traillas devastaban las viñas y las cabalgatas asolaban todos los sembrados; todos los vecinos estaban en continuo convite, y los bailes terminaban al amanecer. La despensa estaba arruinada, y la bodega se vaciaba como por encanto.

El baron de Vendré que ya no oía hablar de bodas, estaba contentísimo y se prestaba de bonísima gana a todos estos manejos. Pero aunque vigoroso, pasaba del medio siglo, y su buena voluntad, aguijada por el ejemplo, no bastaba a hacerle soportar una existencia tan furibunda. Ya no dormía: la silla de un caballo era su lecho habitual de reposo: quierias que no quierias había de danzar; para descanso les aguardaban las botellas y las canciones. Faltábale el último trance y surgió a su tiempo.

El conde Enrique de Luce, a pesar de la carencia de su traje, había visitado a la consejera: era joven y buen mozo: la dama atractiva, coqueta y amable: sentó el joven sus baterías a lo militar, y la consejera le perdonó su osadía en favor de su galantería. Volvió el oficial, prolongó sus visitas, y tan bien se compuso, que se dejó sorprender por su tío en una amorosa entrevista.

El baron echó pestes y venablos por su boca, y el conde tuvo la maldad de afectar una alegría loca aunque sin motivo para tenerla. Su facundia, su talento acrecentaron el mal humor del baron, quien de vuelta al castillo no pudo menos de preguntarle si pensaba detenerse mucho tiempo.

— No sé, contestó el conde con indiferencia; el país me agrada: es quebrado, y el vinillo de por acá caliente que es un contento: bajo vuestra dirección haré grandes progresos en economía y agricultura, y me parece que convendría aguardar a la próxima cosecha.

Estremecióse el baron. — Y de boda, ¿qué hay, señorito? — ¡Ay! tío mío, en este mundo es necesario ser filósofo, tener fuerza sobre sus pasiones, ¿quereis que me mate porque os oponéis? prefiero consolarme.



Cuadro de flores, por M. J. Robie.

— ¿Y habeis elegido á la señora consejera para que os ayude en tan sana filosofía?  
 — No es malilla por vida mía, replicó el conde con fatuidad. Casi, casi, me dan ganas de hacerla la corte.  
 M. de Vendré le dejó, y estuvo toda la noche gruñendo.

No habia que desperdiciar un momento, y el teniente no se detuvo en tan buen camino: al baile de la noche siguiente en casa de la señora consejera, desplegó tantos encantos en su conversacion, tanto fuego, que la señora de la casa solo hizo caso de sus homenajes: por la mañana el conde afirmaba delante del baron que el pais era delicioso, y que era probable que se quedase tres meses mas.

Exhaló el baron un suspiro que habria enternecido á quien no fuera sobrino: de buen grado habria devuelto al conde la herencia, si esta herencia estuviera regularmente administrada: pero su inercia no conocia limites, y estaba empeñado hasta los ojos.

Sin embargo, abrumado de fatiga por tan extraña vida, desesperado de tropezar con un rival, se resolvió á llamarle á su habitacion.

— Con que, sobrinito, ¿estais resuelto á no casaros con Mlle de Orbigny? preguntó.

— No he vuelto á pensar en tal cosa: por consideracion á vos he debido renunciar.

— Nada de eso, amigo mio, nada de eso: es un matrimonio ventajosísimo, exclamó el baron temblando de verle tan conforme: lo he reflexionado despacio, y por mi parte no titubearé por complacerte en hacer los mayores sacrificios.

— No os molesteis por eso, interrumpió el conde: dijisteis con muchisima verdad que podia yo hacer locuras despues de casado: ¡seguré vuestros consejos y aguardaré!

— ¿Si estara enamorado de veras de la consejera? dijo el baron para sus adentros: si sigue aqui quince dias me asesina, y es forzoso decidirle á ese casamiento.

Por fin, despues de muchos sermones, el conde de Luce se resolvió á hacer el doloroso sacrificio de tomar posesion de su fortuna. No se le ocurrió poner un solo reparo á las cuentas, y firmó como en un barbecho.

— Gracias á Dios, dijo, mañana cumple el plazo.

Inmediatamente envió un propio en posta, y al poco tiempo salió él. El propio tenia la órden de no detenerse un minuto.

— Ofreced mis respetos á la señora consejera, dijo á su tío al despedirse. ¿No os parece que vendria que fuese yo en persona? añadió con fingido candor.

— No hay para qué: yo me encargo de eso. Pero despues de casado, ¿piensas hacer la misma vida que has tenido aqui?

— No, querido tío, me dejo aqui la careta y el traje, y muy pronto mudaré de papel.  
 M. C.



EXPOSICION DE 1863. — La bandera del 91° en la cortina de Malakoff, toma de Sebastopol. — Cuadro de M. J. Soricul.

## Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. GIRARDET (Karl): *Vista tomada en las cercanias de Sion (Valais)*. — M. Girardet es desde hace tiempo uno de los principales intérpretes de los paisajes de la Suiza. No pinta su silvestre grandeza; pero al conservarles su verosimilitud, reproduce perfectamente su aspecto, y nos los presenta siempre como imágenes risueñas. — M. SORICUL: *La bandera del 91° en la cortina de Malakoff; toma de Sebastopol*. — Despues de la embriaguez de la lucha y de la victoria, buscan bajo los escombros las victimas que han pagado el triunfo con su vida; y entre los muertos descubren el cadaver de un joven oficial cuyas facciones conservan aun la expresion de un valor impasible, y cuya mano estrecha todavia la bandera que llevaba cuando cayó herido. Esta escena episódica es una de las mejores pinturas de la exposicion, tanto por la composicion, dibujo y verdad de las figuras, como por el mérito de una ejecucion esmeradísima.

M. JALABERT: *Jesus andando sobre las olas*. — Hay en el aspecto de esta barca, levantada por las olas, asi como en el de los apóstoles, cuyas actitudes expresan agitacion y terror á la vista de Cristo que se adelanta hacia ellos al modo de un fantasma, como dice san Mateo, cierto movimiento que no se tiene costumbre de ver en las composiciones de este artista. Por lo demás, aqui solo se ha interpretado la parte puramente exterior del drama:

á consecuencia de la disposicion de la escena, la mayor parte de las cabezas miran hacia el lado de la aparicion, y el espectador no puede observar la expresion de las fisonomias. Todo el efecto está en el conjunto y en la poesia del misterioso claro-oscuro que el pintor ha esparcido en su composicion. — Mas tarde hablaremos de otras dos obras expuestas por M. Jalabert.

M. ROBIE es un pintor belga, cuyos dos cuadros titulados *Flores y Uvas*, colocados en el salon de entrada, bastarian para hacer su reputacion, si no fuese ya conocido ventajosamente. Al brillo en el colorido reúne una ejecucion firme y una pintura sólida.

M. REIGNIER, alumno de la escuela de Lyon, ha expuesto dos cuadros de flo-

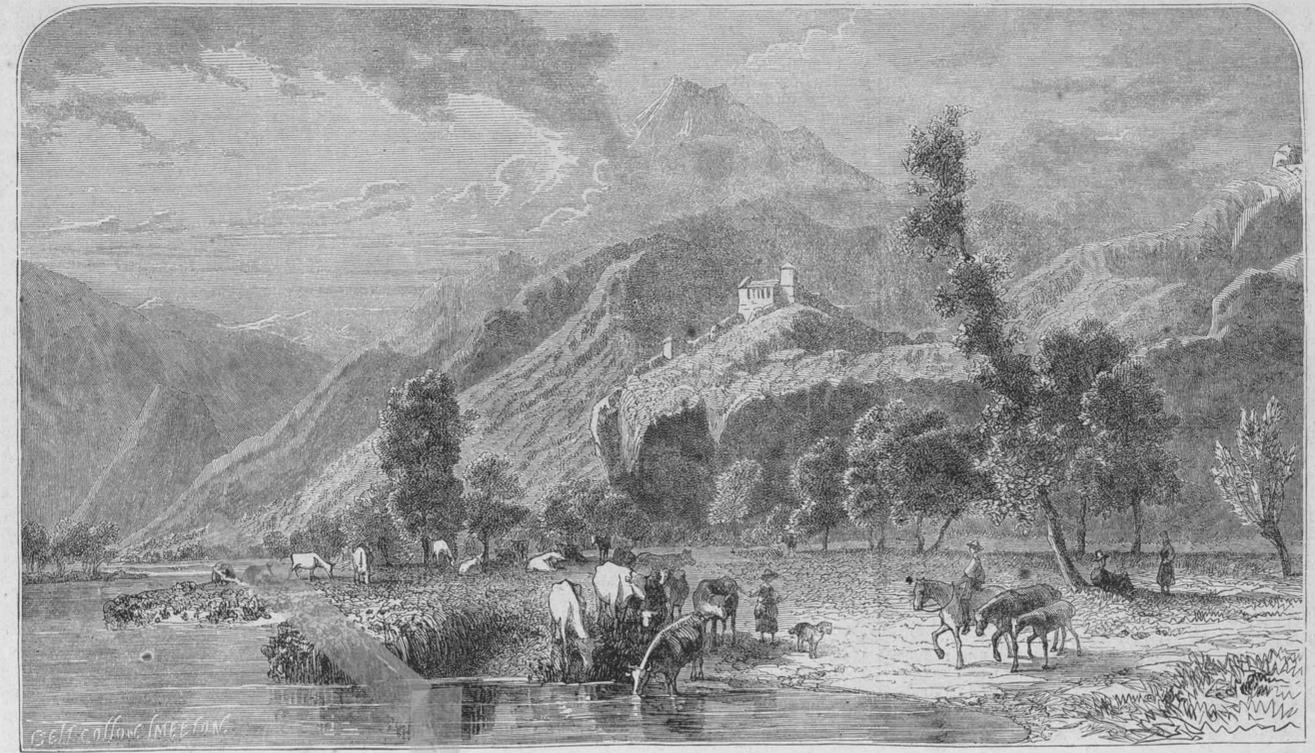


Cuadro de flores y frutas, por M. J. Reignier.

res y de frutas con jarrones de porcelana de la China. Las uvas y las tajadas de melon de uno de los cuadros tienen una gran transparencia, pero esta pintura fluida no es de un empleo tan acertado en varios objetos, como la copa dorada atribuida á B. Cellini y que pertenece al museo del Louvre.  
 A. J. D.



Jesus andando sobre las olas, cuadro por M. Ch. Jalabert.



Vista tomada en las cercanias de Sion (Valais), cuadro por M. Karl Girardet.

## La enamorada recluta.

EXTRACTADA DEL FRANCÉS

POR DON B. DEL BARCO.

I.

El 1.º de setiembre de 1706 Carlos XII, rey de Suecia, entraba en Sajonia á la cabeza de cuarenta mil hombres, plantando sus tiendas en el corazón del obispado de Mersburgo y cerca de Lutzen, ilustre campo de batalla por la victoria y muerte de Gustavo Adolfo.

Demasiado débil para atreverse á sostener un sitio, la villa de Lutzen abría sus puertas al vencedor. Por esta sumisión se colocaba bajo la protección del rey Carlos, y estaba exenta del saqueo.

Las tropas suecas, sometidas á la mas severa disciplina, no entraban á saco en los pueblos tomados por asalto, antes de obtener el competente permiso, marchando al saqueo en órden de batalla, hasta que sonaba el toque de dispersion.

Quiso la desgracia que el día de la rendición de Lutzen, sobre las ocho de la noche, un centinela á la puerta de la tienda del general, sorprendiese el santo y seña que el mayor trasmitía á uno de los coroneles de regimiento. Concibió el soldado la idea de aprovecharse de este descubrimiento para salir por la noche del campo é ir á saquear el pueblo con algunos de sus camaradas.

Este hombre se llamaba Herman, perteneciendo á la primera compañía del primer batallón de granaderos; era de estatura gigantesca y tenia fuerzas hercúleas, de las cuales abusaba muchas veces para robar impunemente á los paisanos, y á sus camaradas en el juego; fatalista como un turco, avaro como un judío y cruel como un albanés, amaba con pasión el juego y el vino. Por un ducado hubiera vendido su alma.

Le gustaba la guerra, porque en ella veía un pretexto excelente para robar y saquear. Las profundas cicatrices que surcaban su rostro, y las torvas miradas que arrojaba por bajo de sus rojas y espesas cejas, daban á su fisonomía un aspecto feroz, á pesar de la falsa jovialidad que casi siempre afectaba.

Desde el momento que relevaron á Herman de la guardia, se fué á dar vuelta el campamento, entrando en todas las cantinas que hallaba abiertas: la mayor parte estaban llenas de soldados que jugaban y bebían, porque aun no habia sonado el toque de retirada. En menos de dos horas este héroe de rapiñas reclutó cien hombres elegidos á su imagen; gente perdida y resuelta que juró seguirle hasta el infierno.

A media noche los compañeros de Herman, diseminados por el campamento, salieron sin hacer ruido de sus tiendas, y se reunieron junto al parque de artillería, que era el sitio convenido.

Desde este parque, el peloton, precedido del tamborcillo que llevaba una linterna, atravesó las líneas de centinelas, cambiando de distancia en distancia el santo y seña hasta llegar á las puertas de Lutzen. Concluido el camino sin proferir palabra, observábase cierto aturdimiento sombrío en la actitud de estos hombres; no porque tuvieran miedo puesto que cien veces habian afrontado el fuego del enemigo sin retroceder un palmo, sino porque experimentaban una vaga inquietud que oprime el corazón cuando se trata de ejecutar una acción mala.

Herman se apercibió de ello, y encogiéndose de hombros se colocó en el centro diciendo:

—Compañeros, muchos me habeis acompañado sin saber de qué se trata; tanto peor para vosotros. Ya es demasiado tarde para volverse atrás. El vino está en los vasos, y no hay mas que beberlo. Sabed pues que este paseito nocturno es para saquear á Lutzen... en familia y sin hacer demasiado ruido.

Un murmullo de aprobación acogió el discurso del granadero, que retorciéndose los bigotes, prosiguió:

—Vamos á dividirnos en cuatro bandas que entrarán en el pueblo por los cuatro barrios, la media noche será la señal del saqueo; pero una vez que hayamos penetrado en las casas, por grado ó por fuerza, ¡no ser débiles, camaradas! no os detengan las amenazas de los hombres, los gritos de las mujeres, ni el llanto de los niños. Desembarazaos de todos los que traten de huir ó pidan socorro. ¡Sobre todo sin ruido!... ¡el arma blanca! un solo tiro puede comprometer el éxito de la empresa, poniendo sobre las armas á la guarnición. Ahora separémonos, y cada uno procure por sí.

Las bandas desaparecieron en la oscuridad, que era profunda, porque la luna acababa de ocultarse detrás de los negros nubarrones que empezaban á despedir una lluvia fría y helada.

No habian sonado aun las doce, cuando de repente vieron iluminar algunas ventanas, y correr las luces de habitación en habitación, de estancia en estancia. Algunos habitantes despertaron sobresallados, y entreabrian tímidamente sus ventanas, pero al instante desaparecieron espantados por las atrocidades que en las calles se cometían á su vista. De pronto una sombra blanca que bajaba corriendo desde lo alto de los arrabales, pasó como una visión por en medio de un grupo de suecos; detrás de ella venía la banda de Herman, que pasó rápida y anhelante como los sabuesos, siguiendo la pista á la caza.

Era una joven que los saqueadores habian sorprendido en su asilo, y que turbada de tan extraña manera

en medio de su sueño, huyó arrojándose por el balcón á la calle. Blonda como una espiga de trigo, de grandes y azules ojos rodeados de negras y sedosas pestañas, tenia las megillas tan encarnadas como los labios.

Admirados de tan extraña belleza, los primeros soldados que habian forzado la puerta de su habitación se quedaron sorprendidos, mas que por su belleza, por tan valerosa acción.

Repuestos del primer asombro, lanzáronse en pos de sus huellas, mezclándose con ellos el resto de la banda, y Herman que les seguía diciendo:

—¡Cargue el diablo con esa pécora! pero es necesario impedir que esa loca siembre la alarma en la villa y tengamos que escapar.

Después de haber dado veinte vueltas, siempre ganando terreno, volvió la joven hacia la izquierda internándose en una estrecha y oscura callejuela, se paró ante una puertecilla encarnada que daba á un jardín, y llamando con fuerza, gritó con voz anhelante:

—¡Eurico! ¡Eurico! ¡Salvame!

Al son argentino de esta voz, se abrió la puerta, y la fugitiva poseída de terror se arrojó en los brazos del que habia llamado.

Eurico, su amante, ó mejor dicho, su novio, joven de gallarda estatura, rubio bigote, nariz aguileña, fisonomía franca y atrevida, se habia puesto el brillante uniforme de oficial sajón, creyendo oír sonar el toque de llamada.

—¿Qué te ha pasado, Margarita? ¿Quién ha osado ultrajarte, pobre huérfana, querida y estimada de todos?

—Los soldados del campo de Altranstad han entrado en este momento en nuestra casa, le contestó en voz baja.

—¡Imposible! le contestó el sajón sonriendo, lo habeis soñado, Margarita. Lutzen se ha rendido al rey de Suecia, y Carlos XII no acostumbra á engañar á sus enemigos.

—Silencio, Eurico, interrumpió angustiada la joven. Ya vienen... escuchad... ¡ahí están!

Mudo de terror, el oficial tiró de la espada, y oyendo en la calle confuso ruido de pasos, tomó en sus brazos á Margarita, y la condujo á un pabellón de madera oculto entre el follaje del jardín.

—Esperame hasta que vuelva en este sitio, donde estás segura. ¡Venga quien venga, oigas lo que oigas, ni un grito, ni una palabra!

Sin dejarla el tiempo para impedirle la salida, cerró bruscamente la puerta, y guardándose la llave, se dirigió á la calle.

Mientras tanto ya estaban coronadas de cabezas las tapias del jardín. La banda de Herman escalaba las murallas invadiendo el jardín.

—Esperame hasta que vuelva en este sitio, donde estás segura. ¡Venga quien venga, oigas lo que oigas, ni un grito, ni una palabra!

—Perdonadnos por haberos hecho levantar tan pronto, mi oficial; pero veníamos persiguiendo á una mujer que se ha refugiado aquí, y como es una hora tan intempestiva, no queríamos despertar á nadie, tomándonos la libertad de saltar las paredes, por... discreción.

Decía esto de una manera tan irónica y provocativa, que algunos de sus compañeros se echaron á reír. La sangre de Eurico hervía, y le respondió con mucha calma:

—Como nuestra villa no está sujeta á la ley marcial, creí que ningún soldado tenia derecho para invadir mi casa. ¿Dónde están vuestros jefes? Acudiré á ellos y...

Herman, que se estaba divirtiendo con el sajón como el gato con los ratones, le dijo:

—Caballero, yo soy el jefe esta noche. Los demás son muy perezosos, se han quedado dormidos en el campamento, y no podrán oiros.

Eurico conoció la gente con quien estaba tratando, y empezó á temer por el peligro que amenazaba á Margarita. Pero conteniéndose y esperando hacerles pagar caro su atrevimiento, acudió á una especie de recurso militar.

La autoridad de mando ejerce sobre el soldado, aun en estado de sedición, una influencia casi mecánica.

Eurico, arrojando á los suecos una mirada severa, gritó en son de mando:

—¡Envainen sables! ¡formen!

Varios soldados sorprendidos obedecieron; otros se miraban mutuamente; los que rodeaban á Herman dudaron, y como él permanecieron inmóviles.

Eurico, dirigiendo la formación, prosiguió:

—¡Marchen! Os voy á enseñar un camino mas cómodo que aquel por donde habeis entrado.

Al mismo tiempo Herman daba un paso adelante, miró al oficial, y con mucha sorna le dijo:

—Mi capitán, con gusto os seguiría, cuando no fuera mas que por no desagradaros; pero ya sabeis que un granadero sueco no está obligado á obedecer á un capitán sajón. Además que dar gusto á otro se me resiste.

Los soldados que se habian mostrado dóciles se avergonzaron de su debilidad, y rompieron filas.

Herman continuó:

—Mis camaradas han venido aquí en busca de una mujer; yo los conozco, sé que no querrán irse sin haberla encontrado.

Eurico temblaba de rabia. Esta obstinación le alarmó bastante, y tratando de echarlo á risa, le contestó:

—Sin duda la ración de vino que os han dado os turba la vista haciéndoos ver una mujer. Valientes granaderos, nadie se ha refugiado aquí...

Herman le interrumpió:

—Dispensad, mi capitán. Mas por todas las mujeres del mundo no esperaba ver mentir á un capitán, y burlarse de la credulidad de sus soldados.

—¡Cómo, mentir! repitió Eurico enfurecido.

—Si ¡mentira! volvió á repetir el granadero con insolencia, fijando en él su mirada de asesino. Yo podría haceros jurar por vuestro honor que no habeis visto mujer alguna, y juraría; pero respeto mucho un uniforme, y mucho mas en casa de un enemigo.

—¡Miserable! gritó encolerizado el sajón acariciando el puño de su espada.

—No alzar mucho el grito, mi capitán. No os deseo mal alguno; pero no estorbéis nuestra nocturna empresa.

—¡Empresa de ladrones y asesinos!

—Sea; ¿mas qué habeis hecho de la dama que hace un momento estaba donde ahora estoy yo?

—¡Este hombre está loco! murmuró Eurico.

—Loco, es posible, repuso Herman; ciego, no. La habeis tomado en vuestros brazos, compadre capitán, y la habeis ocultado en aquel pabelloncito que hay entre los árboles. Si me permitis que registre vuestros bolsillos, espero encontrar la llave en alguno de ellos. Tengo buenos ojos, caballero sajón.

Y extendía la mano con su imperturbable sangre fría hacia el bolsillo del capitán, que se echó un paso atrás.

—¡Ah! ¿con que todo lo has visto, canalla?

—Si, contestó Herman echándose á reír. No sabes que mis ojos verdes y rojos como los de los gatos ven mas de noche que de día... pero bastante hemos hablado... ¡La llave ó te mato! Después violentaré la puerta y me llevo á esa mujer.

Eurico dió dos saltos, dejando cierta distancia entre él y su adversario, tiró de la espada y dijo:

—¡Ven aquí por la llave si te atreves, miserable asesino y raptor de mujeres!

La noche era tan oscura que el granadero estaba indeciso de comprometerse en un duelo á la macilenta luz del farol que llevaba el tambor. Jamás afrontaba peligros inútiles y poco provechosos; por otra parte le intimidaba algo la mirada despreciativa de Eurico.

Volviéndose á los suyos que estaban esperando la señal para tomar parte en la acción, les dijo friamente apuntándoles á Eurico con el dedo:

—¡Muera el sajón!

Veinte hombres rodearon en aquel momento á Eurico, que paso á paso llegó á la puerta del pabellón colocándose de espaldas á la puerta.

El joven se defendía sin contar cuántos eran los enemigos, sin pensar siquiera era insensata aquella lucha de uno contra veinte; pero batiéndose retardaba el peligro de Margarita, que era su objeto.

Uno tras otro recibió varios sablazos en la cabeza y pecho. Sintiendo que las fuerzas le abandonaban, comprendió que estaba perdido, y una nube de sangre pasó por delante de sus ojos; agitaba y daba mandobles al azar. Ya veía con el pensamiento á Margarita en manos de los brutales suecos, sintiendo morir sin que su muerte sirviera para salvarla.

En este momento se oyó el lejano redoble del tambor. Un rayo de esperanza iluminó su frente; haciendo un esfuerzo supremo, sacó de la cintura dos pistolas é hizo fuego sobre aquellos hombres que daban vueltas á su alrededor como hienas hambrientas.

A la detonación contestó dentro del pabelloncito un grito desgarrador seguido de un ruido sordo como el de un cuerpo que cae sobre la tierra. Era Margarita, que perdidas todas sus fuerzas asistiendo á esta horrorosa lucha, acababa de desmayarse. Los tiros introdujeron el espanto entre los asesinos.

—¡Ah bribón! dijo Herman, ¡llamas gente en tu ayuda! No sé si la ronda te habrá oído; pero si llegan, ¡ya será tarde! Lanzándose sobre el desarmado sajón, le asió de los cabellos como para decapitarle, y le introdujo cobardemente el sable por la garganta.

Una espuma rojiza brotó por entre los labios de Eurico. Una especie de silbido se escapó por la herida. El sajón exhaló su postrer suspiro.

El ruido del tambor se oía cada vez mas cerca.

—¡Alerta! muchachos, alerta, si no quereis que nos caen como zorras en gallinero.

—¡Salvese quien pueda! gritó la banda ganando con ligereza la puerta del jardín.

Aquello fué una verdadera derrota. Ninguno ya se acordaba de la joven que habian perseguido.

Cuando todos se habian retirado se sonrió Herman, y con aire de lastima murmuró:

—¡Pobres tontos! Los suecos jamás valdrian lo que los croatas. Concluiré por abandonar á esa gente porque nada bueno sacaré de ellos.

Se arrodilló tranquilamente para limpiar en el rocío de algunas yerbas altas la sangre que manchaba la hoja de su espada, y entonces divisó en la mano del oficial sajón una sortija con una piedra que brillaba en la oscuridad.

Este feliz hallazgo le indujo á llevar mas adelante sus pesquisas, y desahuchándole la casaca descubrió un medallón ovalado guarnecido de brillantes, pendiente de un cordón de seda.

Herman rompió el quebradizo cordón, metiéndose el botón en el bolsillo.

—Vámonos, dijo al reunirse á sus amigos, yo no he perdido el tiempo.

—¿Sabeis que el sajón era muchacho valiente? ¡porque se habia empeñado en defender aquella mujer! Pps... ¡la desgracia fué para él! La guerra es guerra y...

Los saqueadores ganaban á todo correr uno de los

extremos de la calle, mientras entraba por el otro en son de ronda, una de las compañías de fusileros de Hoorn, que el general había mandado por la noche a Lutzen, para ocuparla militarmente.

Como las puertas que daban a esta calle estaban cerradas, y en el interior de las casas todo era calma y silencio, pasó sin detenerse la ronda.

El oficial que los mandaba tenía prisa de llegar al cuartel, por haber entre las filas de los soldados cuatro de estos salteadores, a quienes había sorprendido desalquilando la tienda de un platero. Como les faltaban las cuerdas, no habían podido amarrarles, en cada esquina trataban de evadirse, y tenían que sostener con ellos una lucha cuerpo a cuerpo.

Encerraron en la cárcel de Lutzen a estos cuatro hombres confiados a la custodia de un sargento, hasta tanto que fueran conducidos a presencia del general Renchild, que decidiría de su suerte.

## II.

No había cesado de llover durante la noche. La humedad que despedía la tierra reanimó a Margarita, que arrodillándose se pasó las manos sobre la frente evocando en vano sus recuerdos.

Todo era soledad y sepulcral silencio a su alrededor. Al instante se presentó a la imaginación de Margarita la escena que acababa de presenciarse, ignorando cuánto tiempo había durado el desmayo, y cual había sido el desenlace de la lucha de Eurico contra sus perseguidores.

Reuniendo sus fuerzas pudo levantarse, buscó a tientas la puerta, y no pudiéndola abrir, saltó al jardín por la ventana que estaba a siete pies de altura. Estaba la noche tan oscura que lo mismo se veía dentro que fuera: ni una sola estrella brillaba en el cielo, y la luna seguía cubierta de espesos nubarrones.

— ¡Eurico, Eurico! gritó con angustioso acento.

Nadie la contestó.

Entonces con los brazos extendidos hacia adelante y el corazón oprimido por siniestros presentimientos, continuó avanzando.

Apenas había andado diez pasos cuando su pié resbaló en un coágulo de sangre, tropezando al caer en un cuerpo con el rostro completamente yerto.

No queriendo creer en su desgracia se dijo a sí misma: — Sin duda es alguno de esos villanos que acometieron a mi Eurico.

Se levantó de un salto con las manos frías como el hielo.

— ¡Eurico! ¡ha muerto alguno de esos cobardes! balbuceó. ¡Qué abrazo tan fuerte le daría si estuviese aquí!

Su corazón se rebelaba contra aquellas ilusiones.

Le parecía que el mundo estaba desierto.

— ¡Eurico, Eurico! ven, exclamó, ¡que tengo miedo! En aquel momento la luna dejó ver entre los nubarrones su plateado disco, y Margarita vió a su amante tendido a sus piés, tal como cayó bajo el golpe de Herman, con las cejas fruncidas y la boca contraída, con un gesto amenazador.

Margarita al contemplar el cadáver solo pronunció estas palabras:

— ¿Porqué me has defendido? ¡Yo te he matado! ¡Yo vine a traerle la muerte! ¡Soy una mujer cobarde! ¡Debi defenderme sola hasta morir! ¡Pero consentir en ocultarme! ¡y dejarte matar!... ¡Dios mío! puesto que queriais separarnos, puesto que uno de los dos debía morir, ¿porqué no he sido yo?

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas en la azulada frente de su prometido.

Cambiando luego de repente sus ideas, la fisonomía de Margarita tomó una expresión muy singular, y exclamó:

— ¿A qué llorar? ¿Son lágrimas las que me pide Eurico? ¿Me ha defendido él con lágrimas y suspiros?

Cogiéndolo en sus brazos el inanimado cuerpo del sajón, le condujo a las estancias interiores para colocarle en su lecho. Después envolviéndose en el capote del oficial, atravesó rápidamente la villa hasta llegar a su casa.

Aun el sol no había extendido sus dorados rayos, cuando Margarita, vestida de luto, se dirigía al campo de Altstrand.

Ya estaban en pié los soldados delante de sus tiendas, porque la noticia de los sucesos de aquella noche circulaba hacia una hora.

Carlos XII había ordenado que al momento se cambiara de santo y seña; que Nevomann, su primer médico, saliera del campamento para organizar en Lutzen un hospital de campaña, y que los generales se reunieran en su tienda para celebrar consejo de guerra.

Fueron sentenciados a muerte los autores y cómplices de este golpe de mano.

Como el parte decía que cuatro soldados aprehendidos por una compañía del regimiento de Hoorn estaban en la cárcel bajo la custodia de un sargento, se expidieron a Lutzen fuerzas de caballería con orden de traer al campamento a los prisioneros.

La escolta volvió trayendo la noticia de que durante la noche sargento y presos habían desaparecido sin saber cómo. Mas tarde cuando en las cantinas se contaban las aventuras de Herman, algunos veteranos decían que el sargento y los cuatro soldados habían estado trabajando juntos en un arsenal de Amsterdam; que todos cinco sentaron plaza y se socorrieron.

Entonces el sargento, no queriendo entregar a sus

compañeros, los dejó evadirse desertando con armas y bagajes, reenganchándose en el ejército ruso que estaba de observación en la frontera.

Margarita se dirigió con paso firme a la tienda real, viendo siempre marchar delante de ella la sombra de Eurico, animada de un valor sobrenatural.

A lo lejos divisó a Carlos XII, que con su impaciencia acostumbrada iba y venía en medio de un círculo formado por sus generales.

En presencia del rey no sintió emoción alguna, ni tuvo mas pensamiento que este:

— Hé aquí quien puede vengar la muerte de mi Eurico.

Carlos XII era un rey muy original; en aquel momento estaba sin sombrero; el aire agitaba sus cortos y claros cabellos; un mal pedazo de tafetan le servía de corbata; su uniforme de basto paño azul con botones sobredorados; cinturón de baqueta blanqueada con grada, y sus largas calzas, de punto cuadrado, guarnecidas de gruesos clavos, le confundían con sus soldados.

Tenía sin embargo frente espaciosa, mirada perspicaz, expresión imperiosa y gesto animado.

Ninguno de los generales que le rodeaban se atrevía a dirigirle la palabra; los mas serenos temblaban ante este rey que se dejaba arrastrar hasta el frenesí de su enérgica voluntad.

El recuerdo de Eurico daba valor a la jóven, que arrojándose de resolución suprema se dirigió a Carlos XII, y arrojándose a sus piés exclamó:

— ¡Justicia, señor, justicia!

— ¿Contra quién, hija mía? la preguntó el rey.

— Contra vuestros soldados, que han asesinado a mi esposo.

Y le contó el suceso de aquella fatal noche con toda la elocuencia que inspira el dolor. Mientras hablaba la dama se iba poniendo mas cambiada la frente del monarca, hasta que la dijo levantándola del suelo:

— Señorita, hace dos horas hubiera podido ofreceros pronta y severa justicia; pero en este momento nada puedo prometeros, porque dudo si podremos dar con los culpables.

Margarita le replicó con gravedad:

— ¿Me concedéis, señor, el derecho de buscar a los asesinos, y si los descubro, tomarme yo misma la venganza?

— No es posible, señorita, la contestó Carlos sorprendido y admirado de tan varonil solicitud; pero si los descubris os permito que reclameis al rey de Suecia, y que él sea vuestro único juez.

Inclinándose la huérfana respetuosamente delante del monarca, volvió a tomar el camino de Lutzen.

Aquella misma mañana después de haber rendido a su prometido los últimos homenajes, se despidió de todos los vecinos. Sola en casa se quitó los vestidos de mujer: cayeron a tierra sus blondos rizos, buscó entre los vestidos de Eurico un juboncillo negro, unas botas altas, y el tricordio de fieltro galoneado de seda del mismo color que usaba el oficial sajón cuando era estudiante en la universidad de Goettingue, se ajustó el cinturón de piel de gamo de donde aun pendía el puñalito con mango de ébano, del cual se servían los colegiales en aquella época para resolver sus querellas, y vestida de este modo salió Margarita de su casa, pasando delante de la vecindad sin que nadie la conociera. En el camino, muy cerca del campamento, se veía una choza muy arruinada, que un vivandero había convertido en taberna.

En este improvisado bodegón había cinco soldados que estaban jugando y bebiendo cerveza. Dos tenían las cartas en la mano. Uno de los jugadores era Herman, el rojo; el otro un estudiante que habiendo sido engañado por su novia, y no queriendo hacer el oso ni cometer la tontería de suicidarse, había tomado el partido de las armas: se llamaba Federico Enganilled.

Los otros tres soldados eran reclutas verdaderos, primos del baratero Herman, a quienes no dejaba de la mano, porque tenían el bolsillo bien repleto.

Herman, habiendo perdido veinte duros, propuso el desquite, que aceptó Federico, teniendo la suerte de ganárselos.

— ¡Mil bombas! exclamó el coloso dando un puñetazo en la mesa: antes de haberme puesto a jugar contigo debiera haberme acordado de aquel proverbio que dice: Desgraciado en amores, afortunado en el juego.

Federico palideció, y ocultando la cabeza entre las manos, se le oyó suspirar como a un niño, corriéndole las lágrimas por los dedos.

El granadero burlándose de su dolor, que enterneció a los demás espectadores, se echó a reír.

— ¡Qué puerilidad! ¡Avergüenzas al regimiento, Federico! ¿Será necesario te devolvamos a tu mamá, niño mío? ¡Ciertamente eres demasiado pequeño para comer un ruso!

Enganilled le interrumpió:

— ¡Calla, Herman, hasta te lo suplico!

El granadero no le escuchó.

— Ten entendido, Federico, que los enamorados sois muy malos soldados. Si ves pasar por el campo la blanca falda de Carlota, desertarias por seguirla, y... buenas noches la bandera.

Federico levantó su cabeza sobresaltado como quien despertara de un letargo.

— ¿Quién ha pronunciado aquí el nombre de Carlota?

— ¡Yo! ¿por ventura está prohibido hablar de ella bajo pena de muerte?

— ¡Sí! porque yo lo he prohibido; contestó el jóven con voz ronca.

Herman se echó a reír con todas sus fuerzas, diciendo:

— ¡A otros, quizá! ¡pero a mí!...

— ¡A todo el mundo sin excepción! gritó furioso Enganilled. La llaga no está cicatrizada, y no quiero que nadie toque a ella.

— ¡Rayos y truenos! gritó Herman que ya se iba impacientando. Ni el coronel mismo me puede prohibir que diga que Carlota ha hecho muy bien de burlarse de un novio de tu estampa.

Aun no había concluido de decir esto, cuando Federico saltando sobre él como un gato, hizo pedazos un jarro sobre su cabeza, y tirando en seguida del sable se puso en guardia.

Herman, atolondrado por el golpe, no pudo desenvainar el suyo, pero inclinándose hacia él con los puños cerrados, prorumpió:

— ¡Rayos y truenos! Ahora mismo te voy a coger entre mis manos, y te voy a hacer mas pedazos que los que tú has hecho del jarro sobre mi cabeza.

Federico apaciguado y satisfecho, se arrepintió de haber obrado con precipitación.

— He sido un torpe, lo confieso. Dame la mano de amigo y dispénsame. Te perdono los treinta duros.

Herman rechinó los dientes.

— ¡Cómo! ¡ahora me tomas por un mendigo! ¡Mentecato! Te pagaré la deuda del juego, y tú a mí la del jarro.

Federico trató de calmarle.

— El rey no quiere menos a los duelistas que a los desertores, Herman. Mas vale guardar la sangre para alguna batalla.

— Eso es, y tú irás diciendo a todo el mundo que hiciste pedazos un jarro en la cabeza de Herman el rojo, y que cuando te pidió satisfacción le enviaste a paseo. Sin duda te creerás de mejor familia, y piensas que te deshonoras cruzando tu sable con el mío. ¡Vanidad! yo sabré desquitarme, ¡cobarde!

— ¡Cobarde yo! exclamó Federico poniéndose como la grana.

— ¡Si! cobarde en presencia del camarada que has ultrajado, y ¡cobarde delante de esa Carlota que te ha engañado!

— ¡Todavía ese nombre! ¡mira lo que dices, Herman! Aunque fuera delante de ella te sopapearía.

El granadero se levantó después dando traspieses, cogió el sable y crispando los puños, llamó a los otros soldados, y continuó:

— Venid a servirnos de testigos.

Cuando los cuatro salían de la cantina vieron avanzar hacia ellos un jóven vestido de estudiante. Federico se dirigió corriendo hacia él, preguntándole:

— Camarada, ¿venis de la universidad de Goettingue?

(Se continuará.)

### El camino de Puebla a Méjico.

Tomada la ciudad de Puebla, según han anunciado los últimos despachos recibidos por el gobierno francés, el cuerpo expedicionario tiene que hacer las treinta leguas que faltan para llegar a Méjico. El camino se conoce muy bien bajo el punto de vista pintoresco; pero no se conoce tanto bajo su aspecto defensivo. No obstante, se sabe en qué estado se hallaba en 1847 cuando la expedición de los norte-americanos, y aunque la defensa de los aproches de Méjico no fuese entonces sino muy incompleta, las dificultades que tuvo que superar el ejército del general Scott fueron numerosas e importantes. Empero, es de suponer que después de la demoralización que ha debido ocasionar en el ejército mejicano la caída de Puebla, y sobre todo la captura de los doce mil hombres que defendían esta plaza y formaban evidentemente el núcleo verdadero del ejército, las tropas francesas no encontrarán otra resistencia semejante a la que han hallado hasta aquí, y que su llegada a la capital solo se vera entorpecida por combates insignificantes.

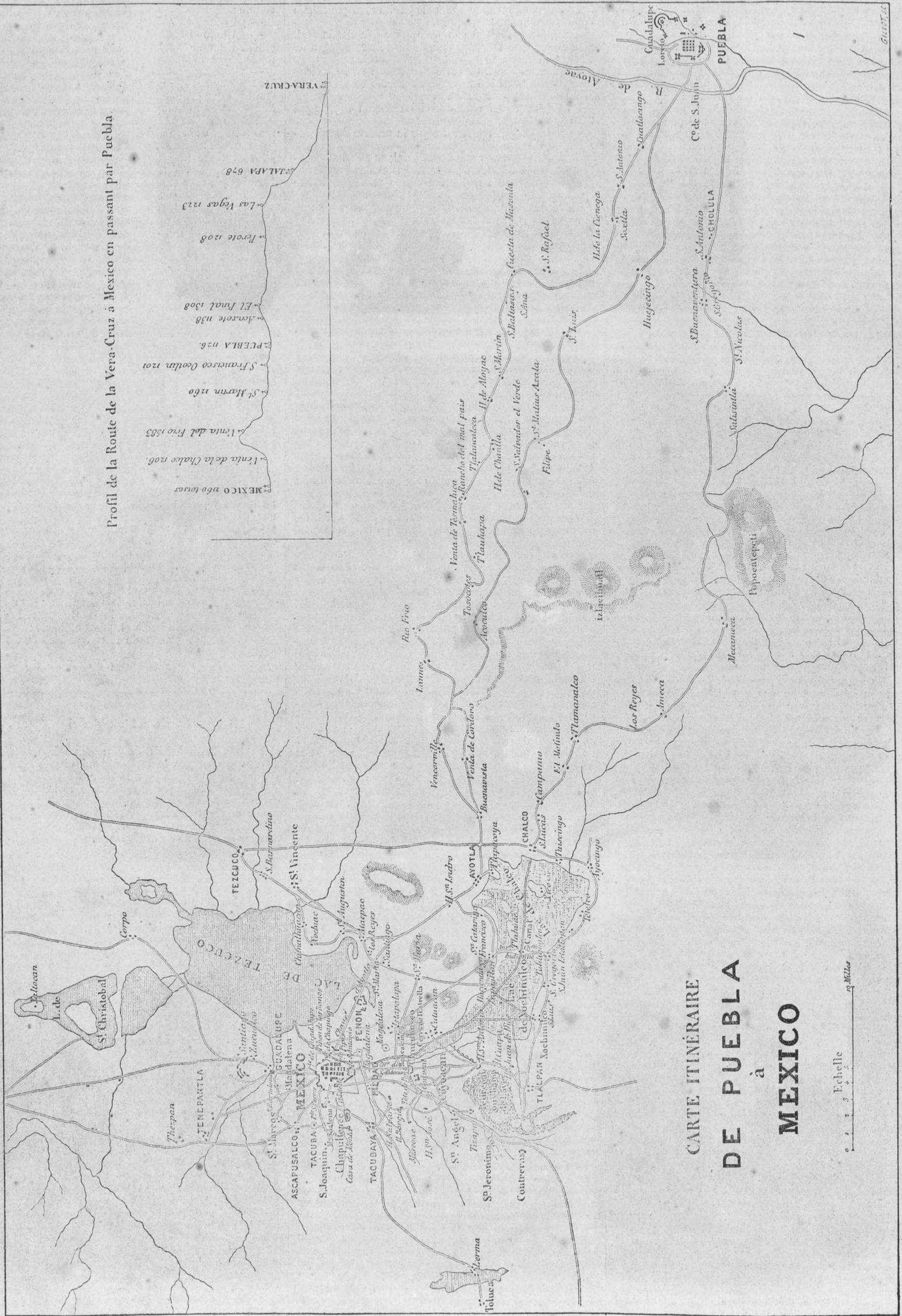
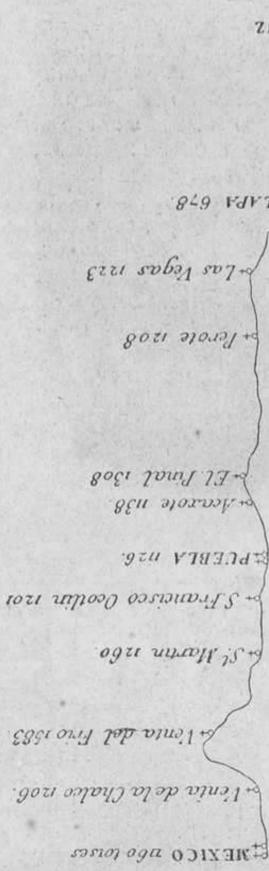
Tres caminos conducen de Puebla a Méjico. El primero, que es el de Atlesco, se dirige hacia el Sur flanqueando el Popocatepetl; el segundo pasa entre este volcán y el Iztacihualt y atraviesa Cholula; y en fin, el tercero, llamado de Río Frio, sigue la base setentrional del Iztacihualt.

Este último tomó el ejército americano en 1847. En él se encuentran numerosos desfiladeros que los mejicanos desquidaron defender; y no obstante, la naturaleza les ofrecía allí todos los medios de una defensa fácil. Protegidos por aquellas fortificaciones naturales, habrían podido destrozar a los contrarios; pero no hicieron nada, y retrocedieron paso a paso delante de ellos para agruparse junto a Méjico.

Llegado a la altura de la aldea de Ayotla, el general Scott, a fin de evitar el Peñon Viejo, que se eleva sobre una calzada que atraviesa terrenos pantanosos y domina completamente el camino, se determinó a tomar otra vía, y eligió el camino del Sur que contornea las lagunas Chalco y Jochimileo. Los mejicanos habían pensado en inundar el camino; pero era en el mes de agosto, y habiendo sido la lluvia poco abundante aquel año, el agua faltó completamente. Los americanos llegaron pues a Méjico sin encontrar mas obstáculos que el ejército mejicano que fué derrotado en Padierna, en Churubusco, en Molino del Rey y en Chapultepec.

E. T.

Profil de la Route de la Vera-Cruz à Mexico en passant par Puebla.



CARTÉ ITINÉRAIRE  
 DE PUEBLA  
 à  
 MEXICO

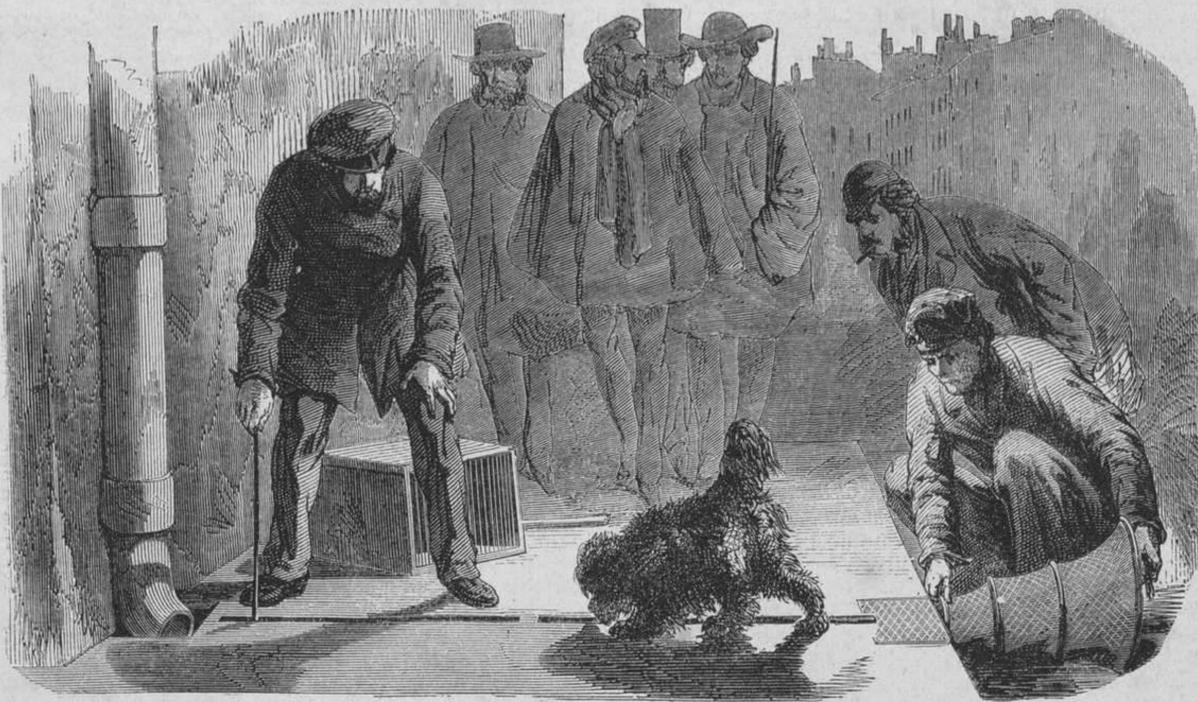
0 1 2 3 4 5  
 Echelle  
 en Miles

Itinerario de Puebla á Méjico.

**Sport parisiense.**

**UNA CACERIA DE RATAS.**

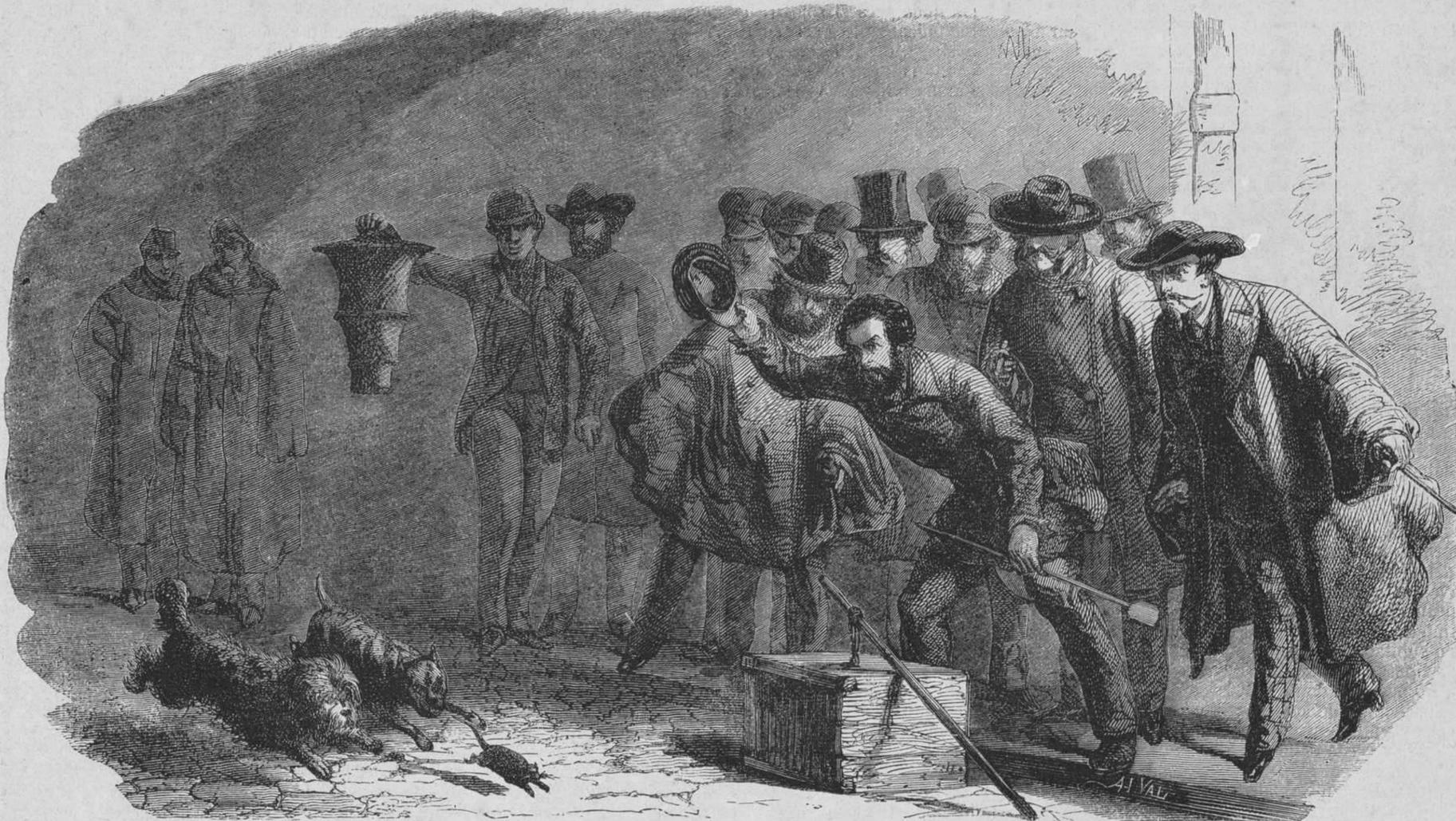
Puede suceder que no interese mucho a las personas de complexion delicada que una susceptibilidad nerviosa ó una prevencion irreflexiva han hecho enemigas irreconciliables de los ratones. Tampoco nos prometemos cautivar a los hombres de espiritu apacible que juzgan de un modo general que la caza es un ejercicio violento y contrario a la serenidad de su temperamento hemático; y ni aun siquiera a esos cazadores rastrosos que solo cazan para el plato. Sin atacar aqui la fútil é indefectible preocupacion que ha impedido acaso que a imitacion de los chinos (los veteranos de la civilizacion) se utilizara la carne de las ratas en pro-



CACERIAS DE RATAS EN PARIS. — El acecho.

vecho de nuestros goces gastronómicos, diremos accidentalmente para los espíritus positivos, que el arte ha sacado del despojo de este animal un producto muy estimado para la fabricacion de los guantes « de Suecia; » y esta consideracion económica hará transigir, bajo el pretexto de su utilidad relativa, con un género de caza que hasta el dia no figura entre los ejercicios cinagéticos.

Sin embargo, los verdaderos cazadores, aquellos que prosiguen en la caza un objeto mas elevado que un cálculo de interés ó una simple satisfaccion sensual, nos leerán quizá con agrado. Estos han conservado en su flor el espíritu emprendedor y generoso impulso que guiaron a los primeros cazadores; y saben muy bien que largo tiempo antes que el arte de los Borel y de los Careme se hu-



El lancer.



La presa,

biese desarrollado « una imperiosa necesidad, un noble ardor, lanzaron a los hombres en persecucion de los animales é hicieron excusar sangrientas inmolaciones (1). » Para ellos la caza con sus alternativas, sus dificultades y sus fatigas, es una imagen de la guerra, un ejercicio varonil, favorable al desenvolvimiento del cuerpo y del espíritu. Ante todo, lo que les gusta es la bulla, y por este motivo prefieren las cacerias que ponen en juego en mas alto grado la actividad, la fuerza, la destreza, el valor, todas las facultades vivas. No diremos enfáticamente que la caza de la rata favorece el vuelo de las pasiones nobles que hacen de la alta montería un pasatiempo inteligente, ni el pleno ejercicio de las cualidades viriles que ella supone; pero por la siguiente relacion se verá que puede suministrar un género de sport que no se halla desprovisto de interés, ni aun para los verdaderos cazadores.

Una invitacion de M. M... uno de los representantes mas notables de esa verde juventud que ha reemplazado a la juventud dorada, y aficionado a ratas cual ninguno, nos convocó a una de sus cacerias en compañía de varios amigos, todos ellos de la mejor sociedad parisiense. A pesar de un frio muy intenso, a las doce de la noche estábamos todos reunidos, y pasamos a la plaza Favart el tren de caza. Parécenos oportu-

(1) SOMMERVILLE, *Poema de la caza.*



El refrigerio,

no decir en qué consistía el tren de cazar ratas. Componiase el nuestro de pértigas ó varas largas como las que emplean los labradores; de estacas armadas con un ancho hierro, cuyo uso sabremos despues; de una jaula cerrada por tres lados y con una abertura en el otro; de bolsas de red como las que sirven para el conejo, y de tres hermosos perros, *Trim*, *Miss* y *Lolotte*, conducidos por Estéban y Honorato, los hombres mas diestros en cazar ratas que puede haber en el mundo.

*Trim* es un soberbio escocés de tres años, rojizo, bien configurado, que caza en silencio con afición; y reúne a estas cualidades el valor, la viveza, la fuerza, la resistencia a la fatiga propia de su raza. *Miss* pertenece a esa casta híbrida que los ingleses llaman *arlequin*, y que no tiene igual en destreza é intrepidez. *Miss* es una perrilla de dos años, de pelaje gris con manchas negras, robusta, llena de fuego, con una cabeza gruesa y que presenta un gran desarrollo, así como una gran movilidad de los labios y de la piel de la nariz, tres particularidades características en un animal de su especie. *Lolotte* es un escocés de cinco años, blanco, con una mancha negra en la frente; lo que es una señal de adulteración de su raza, pues el verdadero escocés es negro ó blanco sin manchas. *Lolotte* posee en alto grado todas las cualidades de su especie, a saber, seguridad, resolución y ardor en el combate; pero en cambio tiene defectos que suelen desvirtuar sus facultades para una cacería en regla. Le sobra el fuego y se cansa pronto; en suma, mejor caza los gatos que las ratas.

Estéban debía conducir los perros. Juicioso y exacto, dotado de una imperturbable sangre fría y de una maravillosa sagacidad para discernir el juego del animal que caza, no tiene rival para hacer cazar y ayudar a los perros. Honorato es en el *rating-sport* una de las individualidades mas completas y brillantes que puedan encontrarse. Posee cual ninguno el instinto de la caza; es astuto, paciente, y conoce bien las prácticas de la montería. No hay ojeador que pueda compararsele en punto a seguridad de ojo y presteza de golpe de mano. ¡Con qué habilidad sabe poner a los perros en la pista, dirigirlos é impedirles que se engañen! Tan eminentes cualidades le destinaban a distinguirse en la caza mayor; pero una inclinación particular le ha impulsado a ser el primer cazador de ratas. — Honorato fué el encargado de la bolsa.

Despues que M. M... se cercioró de que el servicio de la caza estaba bien dispuesto, dió la señal y todos nos pusimos en marcha. Pusieron a *Trim* al frente, y Estéban tomó la delantera ojeando. Primeramente exploramos las calles *Marivaux*, de *Grammont*, de *Nevers*, *Neuve Saint-Augustin*, *Gaillou* y de la *Corderie Saint-Honoré*, sin resultado. Además del frío penetrante, la luz de la luna, clarísima aquella noche, contrariaba la salida de las ratas; por último, a tales horas las calles no estaban bastante silenciosas todavía. Se debe considerar como una de las principales dificultades de esta caza el poco alcance de las vías, que son siempre cortas y a menudo se interrumpen con obstáculos, que se entrecruzan y exponen al perro a engañarse. La atención del cazador ha de estar siempre alerta sobre este inconveniente; es preciso que sepa abandonar con resolución una pista perdida ó fría. Llegamos al mercado de *Saint-Honoré* sin haber hecho nada; pero aquí *Trim* cambió súbitamente de vía y se lanzó con ímpetu en persecución de un gato que huyó con espantosos maullidos. No pudimos continuar la caza en el interior del mercado, a causa de los obstáculos que presentaban los puestos y las mercancías; nos limitamos a recorrer los lados Norte y Oeste de la plaza, y entramos en la calle de *Saint-Honoré*.

Soltaron a *Miss* que rivalizó valientemente con *Trim*. Al llegar casi a la esquina de la calle *Castiglione*, este cayó en acecho en la boca de un canalón; Estéban se fué al codo formado por el tubo é introdujo su estaca por la ranura de limpieza a fin de interceptar la retirada a la rata por medio del hierro ancho que la estaca tiene a la punta. Honorato puso la bolsa en el orificio del canalón, y lanzó a *Trim* diciendo: ¡A tu puesto! El dócil animal corrió inmediatamente cerca del tubo y no apartó la nariz de la rata acorralada entre el palo y la bolsa. La persistencia del perro anunciaba que el animal estaba allí; Estéban metió mas adentro la estaca en la ranura, y la rata empujada por el instrumento se precipitó en la red: acabábamos de coger nuestra primera pieza.

Esta captura hecha de un modo tan sencillo no dejó completamente satisfechos a varios de nuestros cazadores que pidieron la carrera. Bajo este concepto, nos trasladamos a la calle *Castiglione*, y Honorato hizo el *lancer* del animal, que echó de largo y ganó terreno; pero *Miss* y *Trim* se le acercaron pronto. El animal dió huidas, y al cabo de pocos segundos *Miss* le cogió y le despachó al vuelo. Esta primera hazaña excitó a los perros, y entonces pudimos admirar con qué inteligencia estos dos intrépidos animales fijaban las vías, las seguían y las abandonaban por sí cuando algún obstáculo les daba a conocer que la rata se había escondido de manera que el hierro de Estéban no podía forzarla.

Sucedé tambien que la rata sorprendida y estrechada de cerca y no pudiendo operar su retirada, sigue los arroyuelos cubiertos que reinan a lo largo de ciertas calles. En esta posición es imposible atacarla, y siempre tiene tiempo de escaparse antes de que la estaca la corte la retirada. Se puede decir de las ratas como de las liebres, que cada una de ellas tiene mañas particulares que dependen de la naturaleza del terreno, y obligan a cazarlas de un modo especial. La rata, ruda y cobarde como el lobo, por su naturaleza, es como esté ingenio-

sa por necesidad, y osada cuando no hay otro remedio. Corre de lado y con destreza cuando es floja la persecución; pero si la estrechan de cerca se envalentona, y por fin se vuelve y hace frente al perro. Otras veces por el contrario, se aplasta sobre la tripa y se rinde a la manera de la liebre. No es solamente la edad la que establece diferencias profundas en las costumbres y el carácter de las ratas. Honorato ha podido estudiar en el curso de una larga práctica, que sus hábitos y su moral se resienten considerablemente de los barrios en donde habitan. Las que viven en calles pasajeras, mas familiarizadas con el ruido no son asustadizas; en general, poseen mas astucia y engañan a los perros con frecuencia. En los barrios solitarios y tranquilos su natural tiene algo de feroz y son animales crueles. Estos no fingien, y hay que cazarlos a pié firme. No tratan de escapar abriendo brecha, pues nunca corren en derredura hacia adelante; pero como el jabalí, vuelven frecuentemente sobre sí, y tratan de quedarse en su barrio.

La diferencia del pelaje es tan grande como la de los caracteres, siendo de presumir que esta variedad proviene de influencias puramente locales. La raza negra parece ser la mas peligrosa: es de una constitución robusta y de un natural feroz. Las hay que pasan por grados del negro a todos los matices del gris: estas tambien son activas y están dotadas de mucha viveza. Los pelajes rojos por el contrario, que comprenden una variedad casi infinita de tonos, ofrecen una piel blanda, lo que es un indicio de flaqueza y de pusilanimidad. Las ratas de este pelaje son de una caza poco animada. Estas diferencias de color constituyen para Honorato, y sin duda para él solo, razas muy distintas que clasifica metódicamente para su uso personal en *rusa*, *sueca*, *noruega*, etc... Debemos declarar que estos nombres no ocultan ninguna pretensión de naturalista, sino que constituyen únicamente señales para reconocer a las ratas.

Continuó la caza sin ningún incidente notable hasta la calle *Real*; pero en la esquina de la de *Saint-Florentin* se reanimó de repente por la acometida que *Trim* y *Miss* dieron a un soberbio gato, el cual sucumbió al cabo de una defensa obstinada, entre los dientes de la implacable *Miss* en medio de maullidos desahogados que debieron despertar a los pacíficos vecinos de aquellas calles. Hasta entonces no habíamos cogido mas de cuatro ó cinco ratas, y eso que llevábamos hora y media de cacería; y en vista de esto retrocedimos a la calle *Neuve du Luxembourg* y a la de *Saint-Honoré*. Sin embargo, llegados a la altura de la calle de *Frondeurs*, *Miss* y *Trim* dieron señales de tanta impaciencia y corrieron con tal ímpetu en esa dirección, que no pensamos en llamarlos. Soltaron a *Lolotte*, y desde luego se arrebató hasta el punto de que sin hacer caso de nadie corria introduciendo la mayor confusión en el campo; pronto echamos de ver que mas olía los gatos que las ratas, y que movido por un instinto perverso se engañaba siempre. En vano quisieron mantenerle en la nueva vía, pues se deslizaba en cuanto recelaba la presencia de un gato. *Lolotte* sería un manantial de riqueza para esos bodegoneros populares que dan gato por liebre a sus parroquianos.

Prescindiendo del despecho de Honorato que veía el éxito de la caza comprometido por las excentricidades de *Lolotte*, este incidente nos sirvió de distracción; sin embargo, se juzgó que era conveniente mantener la cacería en su verdadero terreno, el bullicioso *Lolotte* fué atado a su cuerda. En las cercanías del *Palacio Real*, del *Banco* y del mercado del trigo, cogimos algunas ratas casi todas *suecas*, esto es, de la especie mas indolente y apática; nos sentimos humillados.

Así llegamos a la punta de *Saint-Eustache* al cabo de tres horas de marcha, y allí nos detuvimos para que descansaran un poco los perros. Al comenzar de nuevo nos pareció que el juego de *Trim*, por entendido que fuera, carecía de variedad, y poniéndole el collar, soltamos otra vez a *Lolotte*, que inmediatamente olió la pista de un gato y le persiguió con un furor loco. Le riñeron severamente por este desvario, y pudimos pensar que la reprimenda daría sus frutos, pues colocado en la vía de una rata, se apoderó pocos segundos despues de una magnífica *noruega*, de las mejores que había visto Honorato.

Despues de este importante hecho de caza proseguimos nuestra expedición. Estéban que iba delante, se las veía muy negras para poner al saltarín *Lolotte* en la pista de la rata. No cesaba de animarle y de reprenderle, pero el incorregible animal era incapaz de pegarse a la vía, y parecía tener el olfato excitado por otros olores. En efecto, a la altura de la calle de *Saint-Pierre* *Montmartre* se apartó de repente, y un instante despues armó una algarabía espantosa. Cuando llegamos al lugar del tumulto asistimos a una escena de carnicería: *Lolotte* estaba enzarzado con un gato robusto, ágil y vigoroso que oponía una resistencia desesperada. El gato animado de un furor al menos igual que el de *Lolotte*, se sostenía sobre el terreno haciendo frente al enemigo, y muy firme sobre sus patas delanteras, se libertaba de los bocados de su adversario rompiendo a la derecha y a la izquierda, y alargando sus uñas con una destreza inconcebible. *Lolotte* se tiraba a él con ciego ardor sin tratar de preservarse: pero el gato siempre a la defensiva le evitaba con agilidad, y a cada nuevo choque lastimaba gravemente al enemigo. La lucha se prolongó de este modo unos dos minutos, sin que cesaran sensiblemente la presteza del ataque y la obstinación de la resistencia. Por fin, *Lolotte* aprovechándose de un salto oblicuo de su adversario, cargó al través con la rapidez del rayo, y mordiéndole con vigor cerca de la nuca, quedó dueño del terreno. Hasta el último

instante el pobre animal, cuyos medios de defensa se hallaban completamente paralizados con los bruscos sacudimientos de *Lolotte*, hizo oír una espantosa cencerada compuesta de gemidos estridentes, de gritos frenéticos que se terminaban *decreciendo* en un gruñido sordo, testimonio de que persistía su furor hasta la muerte.

Esta escena nos produjo una impresión penosa. Despues de tan brillante expedición no podíamos engañarnos acerca de los verdaderos instintos de *Lolotte*; una inclinación irresistible le impelia hacia la guerra, era un animal de combate y nada mas. De nuevo le echaron la cuerda y no quisimos que se manchara con nuevos asesinatos.

Entonces soltaron a *Trim*, que cumplió su deber con esa inteligencia y esa honradez de sentimientos que hacen de él un perro útil y profundamente concienzudo. Algunos instantes despues nos dió una prueba de ese natural inteligente. Olfateó un buen rato vanamente, y por fin cayó sobre una pista al principio del *faubourg* *Montmartre*, pegándose a ella con todas las señales de una inquieta agitación; se veía que trabajaba mucho para no caer en un engaño. Honorato conoció esto, y presintiendo alguna circunstancia extraordinaria, se puso a apoyar el perro que se fué a plantar en ancho junto al orificio de un canalón con una satisfacción marcada. Estéban se fué con su estaca al lado opuesto, y empujó hacia la boca de la bolsa sin hallar nada. Entre tanto, *Trim* permanecía con la nariz pegada a la pared, que en aquel sitio tenía un revestimiento de madera. Estéban recorrió el conducto con su estaca siempre inútilmente. Se creyó que la rata había tenido tiempo de guarecerse en algún agujero de la pared, de donde no sería fácil desalojarla; y en vista de esto Estéban trató de apartar a *Trim*, pero este se mantuvo firme, se puso a ladrar, y sus ladridos se dirigían tan evidentemente a *Miss*, que esta, que seguía una pista por el lado de la calle corrió, y muy luego fué partícipe de la ansiedad de su compañero. Entonces Estéban se acercó al sitio en donde los dos perros estaban en acecho, y se convenció de que existía allí uno de esos compartimientos donde tienen costumbre de guardar durante el día las tablas con que cierran las muestras de las tiendas. En un instante abrió el compartimiento con su estaca, y tres ratas enormes se lanzaron del escondite en distintas direcciones. Los dos perros corrieron a dos y las cogieron; la tercera fué cogida mas tarde en la bolsa. *Trim* acabó de poner el sello a su gloria con esta importante captura.

Aun alcanzamos algunos bellos triunfos hasta la calle de *Martyrs*. Debemos añadir, que de todos los barrios que habíamos explorado hasta entonces, el del *faubourg* *Montmartre* es incomparablemente el mas poblado, y el que ofrece mejores ratas. Nunca las he visto mas enormes. La última que cogimos era verdaderamente extraordinaria: en dimension, volumen y peso, igualaba a un conejo joven, y merecía figurar entre las muestras mas escogidas de una galería zoológica; pero faltaba entre nosotros un naturalista, y no pudo recibir semejante honor.

Estéban contó las presas: había treinta y tres. El resultado era magnífico, y todos participábamos mas ó menos del orgullo de Honorato. *Trim* y *Miss* aspiraban a una satisfacción mas positiva, y daban vueltas en torno de la jaula de Estéban como reclamando la ralea; pero no era aquella la hora ni tampoco el lugar para semejante ceremonia, y se decidió que tendría efecto aquel día por la tarde. Habían dado las cuatro de la mañana, y como todos estuviéramos rendidos, nos separamos.

Al ver a Estéban que se alejaba con los perros y el botín, no pude menos de hacer la reflexión de que nuestra caza al fin y al cabo no se hallaba desprovista de interés. Tanto por su objeto como por sus recursos, la comparaba yo con la del zorro, en la cual se trata menos de una diversion de sport que de matar a un animal dañino: preciso es matar al zorro, este es el asunto principal, y de aquí se desprende secundariamente el placer de la caza. Recordé que segun el cálculo de un *rater* inglés que ha hecho un profundo estudio de la materia, una pareja de ratas, macho y hembra, produce al cabo de tres años 646,808 ratas, que consumen diariamente la subsistencia de 64,608 individuos. Bajo este concepto, me pareció que acabábamos de hacer a la sociedad parisiense un servicio que no era de desdenar. Comunicué esta reflexión a M. M..., quien me contestó riendo:

— No exageremos; la exageración es familiar a los cazadores. Yo creía no haber hecho mas que divertirme, y me alegro saber que he hecho algo mas útil. — Vámonos pues a la cama con el justo orgullo que debió sentir *Hércules* despues de haber vencido al león de *Nemeo*. F.

### Recuerdos y descripciones del suelo vizcaino.

EL CASTILLO DE BILBAO.

Sigamos Ibaizabal abajo.

En la orilla derecha del río, al pasar ese puente que desde tiempo inmemorial enlaza ambas orillas, sobre unas rocas calcáreas que dominan el puente y puede decirse que tambien el puerto, se alzaba hasta 1335

una antigua fortaleza que llevaba el nombre de castillo de Bilbao.

Con la memoria de aquel castillo está enlazada la de uno de los hechos más notables del señorío de Vizcaya.

A mediados del siglo XIII, era, según unos, décimo-cuarto, y según otros, décimoquinto señor de Vizcaya don Diego Lopez de Haro, y estaba casado con doña Constanza, hermana de don Gastón, vizconde de Bearne.

Era don Diego valeroso y de mucho consejo, como lo experimentó el santo rey Don Fernando, su primo, en la conquista de Niebla, de Mula, de Sevilla y varias otras.

Fue alférez mayor en la conquista de Sevilla, y llevó la delantera con sus valerosos vizcainos haciendo prodigios de valor en la puerta de la Macarena, donde puso su campo, y dentro de las naves vizcainas en el Guadalquivir, donde echó a fondo muchas enemigas, aunque salió mal herido en la cabeza. Por sus hazañas en Sevilla fue heredado en aquella ciudad, donde una calle poblada después de la conquista recibió el nombre, que conserva aun, de calle de Vizcainos.

Pero su orgullo y su carácter áspero y fogoso se avenían mal con la noble altivez y el amor a la libertad de los vizcainos, por lo cual estos y su señor tenían frecuentes disputas, obstinándose don Diego en cercenar las libertades a Vizcaya, y los vizcainos en mantenerlas incólumes.

Llegó una ocasión en que don Diego trató de establecer ciertas alcabalas sobre los mantenimientos que se vendían en su señorío, y los vizcainos protestaron contra tal novedad, que se oponía a sus antiquísimas y venerandas libertades.

A son de bocinas tañidas por los sayones, se juntaron so el árbol de Guernica 10.000 vizcainos, la flor de los caballeros, escuderos e hijos-dalgo de la tierra llana, villas, ciudades, Encartaciones y Duranguesado, y rogaron a su señor que les guardase sin mengua alguna las libertades y franquicias que gozaban desde tiempo inmemorial.

Don Diego se mantuvo firme en su resolución, y entonces los vizcainos acordaron expatriarse buscando tierras francas donde poblar, con cuyo designio se dirigieron al puerto de Lequeitio para embarcarse allí.

Y cuentan las tradiciones, que desde las cumbres del Cosnoaga y el Ereñozar, que como eternas atalayas velan por el santo árbol de las libertades vizcainas, gritaban con los ojos enjutos y el corazón indignado las mujeres y los hijos de aquellos nobles patricios:

— ¡Atravesad los mares y fecundad tierras libres con vuestro sudor, que tierras tiranizadas no merecen más riego que el de nuestras estériles lágrimas!

Doña Constanza, inducida por su marido, corrió al alcance de los vizcainos, y con lágrimas en los ojos les suplicó que no desamparasen la tierra, y les prometió que don Diego les guardaría sus fueros.

Los vizcainos, movidos por esta promesa y por las lágrimas y súplicas de aquella señora, tornaron a sus hogares; pero don Diego Lopez de Haro, en quien el orgullo podía más que la razón, se negó a cumplir la palabra que su mujer había dado en su nombre a los vizcainos.

Heridos ya éstos en su noble altivez, y considerando que la falacia de su señor les autorizaba a dar al olvido las altas prendas de aquel y a exigir con la fuerza lo que antes habían solicitado con la humildad, tomaron las armas, y don Diego hubo de refugiarse en el castillo de Bilbao.

El castillo no era tan fuerte ni la gente que lo defendía tan numerosa, que los vizcainos no hubiesen podido expugnarle muy en breve; pero los vizcainos no podían dar completamente al olvido la gloria que más de una vez habían alcanzado acaudillados por su señor, y se limitaron a tener a este cercado hasta que les otorgase lo que con sobrada razón le pedían.

A los tres meses de cerco don Diego capituló, comprometiéndose solemnemente a guardar siempre los fueros, buenos usos y costumbres de Vizcaya.

Sobre cincuenta años después, el antiguo castillo de Bilbao continuaba sobre las mismas rocas diciendo para su colete de agrietadas y negras murallas:

— ¿Qué demonio de trágica anda en esta llanura de mi mano derecha que antes estaba tan callada y desierta, y ahora no se oyen en ella más que martillazos de canteros y carpinteros, y no se ven más que casas nuevas que de un día para otro van apareciendo en correcta formación?

El pobre se temió que los que tanto ruido hacían cerca de él reparasen en que era viejo, achacoso y feo, y le quitasen del medio para que no hiciera sombra a la nueva población, pero por entonces sus temores no se realizaron.

Cosa de treinta y cinco años después vinieron a asaltarle, no gentes de armas como las que le habían asaltado muchas veces, sino nuevos temores de que no se le permitiese seguir por más tiempo acurrucado en su roca.

Un día empezaron a repicar las campanas, a adornarse ventanas y balcones con ricos paños, y a poblar el aire las músicas y los gritos de alegría.

— Estos bilbainos son lo más loco que yo me he echado a la cara, murmuró el pobre viejo, que no entendía gota de aquella algazara; pero no tardó en saber lo que la movía, pues vio que pasaba el puente en medio de las aclamaciones de la multitud nada menos que el rey de Castilla Don Alfonso XI.

Hacia días que el rey permanecía en Bilbao contentísimo con los obsequios que le prodigaban los bilbainos, y el castillo creía que nadie se acordaba de él para malo ni para bueno; pero al bueno de Don Alfonso le ocurrió para mostrar agradecimiento a la villa, construir un alcázar en la misma, y el castillo, cuando menos lo esperaba, se vio acometido por una turba de demoleedores que le demolieron, y trasformándose en edificadores, le convirtieron en alcázar.

Remozado y con este pomposo título estaba en sus glorias el huésped de las peñas de la huerta de Iberi, porque es de saber que entre el alcázar y la torre de Leguizamón, que estaba en la esquina de la *cal-Somera*, había una puerta de aquel nombre, cuya defensa se encargó al alcázar.

Lo malo era que el alcázar no era alcázar ni castillo, porque cuando aun no estaban terminadas sus obras interiores, a Don Alfonso le salieron negocios que le importaban más que el alcázar de Bilbao, y este quedó en el estado de caseron muy bueno para guarida de ratones, que eran los únicos huéspedes que le habitaban.

El único servicio que el alcázar solía prestar a la villa, era el de atalaya. Sirviendo este modesto empleo, fue teatro de un trágico suceso que le dió alguna celebridad.

Un caballero bilbaino, cuyo nombre calla la tradición, y hace bien de callarle, para que la posteridad no le maldiga, pretendía inútilmente a la mujer de un pescador.

Desesperanzado de alcanzar por la persuasión los favores de la honrada joven, apeló para alcanzarlos a la fuerza, pues apoderándose de ella una noche, la condujo al alcázar donde la tuvo encerrada algunos días, confiando en vencer su resistencia.

Una noche, viendo que la mujer del pescador perseveraba en sus repulsas, acudió a nuevas violencias; pero la heroica víctima, prefiriendo morir a faltar a la castidad, se arrojó por una ventana de la estancia que le servía de prisión, y se hizo pedazos en esas peñas que contemplamos con indiferencia al pie de la iglesia de San Anton.

La poesía no ha tenido cánticos para la Lucrecia bilbaina cuyo sacrificio solo hemos visto mencionado en un papel antiquísimo que por casualidad ha llegado a nuestras manos. ¡Qué la fe cristiana tenga para ella oraciones!

A principios del siglo XV, la fortaleza que castillo primero y luego alcázar en el nombre, pero castillo en realidad, había visto pasar por delante de sí siglos y siglos, pagó muy cara la categoría régia con que se había engalanado: el alcázar de Bilbao desapareció en gran parte consumido por el fuego del cielo, que quiso sin duda purificar aquel sitio de los impuros pensamientos que en él se habían agitado, y de la pura sangre que se había derramado en él.

Algunos años después acabósele de apejar, rebajáronse las rocas en que la fortaleza había tenido permanente asiento, y se edificó sobre ellas la iglesia que hoy las ocupa, y en la que se cantó misa por primera vez el lunes 5 de agosto de 1433.

ANTONIO DE TRUEBA.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Trajes fotografiados en las carreras del bosque de Boulogne y de Fontainebleau. — Sobre las modas actuales. — Los vestidos en bulingrin. — Trajes de viaje, de casino y de paseo. — Sombreritos de baños de mar y de jardín. — El Enrique III, el Tirolés, el Coligny y el Florian. — Sombreros de calle. — Descripción del figurin, que representa trajes de boda y de baile.

En las últimas carreras del bosque de Boulogne y de Fontainebleau ha llamado mucho la atención la sencillez de los trajes de la corte.

La emperatriz es quien hace las modas, y todas las beldades de París se someten a sus decretos. En la carrera del Derby francés, S. M. llevaba un vestido blanco y una chaquetilla de popelina guarnecida de alamares de trencilla verde con botones verde esmeralda, y un sombrero de tul blanco adornado con matas de yerba húmedas de gotas de rocío.

La condesa de Bearn un vestido y una chaquetilla de alpaga blanco, adornados con anchos galones y fleco de paja, con capota de tul enriquecida de espigas naturales.

La condesa de Pourtales un vestido y una chaquetilla de tafetan blanco, sin otro adorno que unas trencillas y una botanadura de tafetan blanco.

A guisa de cinturón llevaba una ancha faja de cinta azul turquí.

El sombrero era blanco y azul.

Madama Coppens un vestido y un sobretodo de alpaga blanco con bullones de alpaga sujetos con lazos de terciopelo negro y encaje negro.

Madama de Plamy un vestido y una chaquetilla de tafetan violeta ilustrados con entredos de encaje negro; un viso blanco con sombrero de paja de arroz adornados de ramilletes de violetas envueltos en musgo.

La princesa Poniatowska un vestido de tafetan gris acero adornado con sesgos de tafetan violeta hacia el bajo de la falda.

Sobre este traje rotonda Spahis con capuchón árabe de encaje de yak negro.

Capota violeta con dos ruches de dos matices.

Madama Sweytowska, un vestido de tafetan gris perla con una gruesa trencilla de tafetan en cada paño.

Un pañuelo de Chantilly y una capota malva con pluma del mismo color y grueso lazo de tul malva completaba el traje.

Todos los vestidos del día presentan pues un tipo de uniformidad elegante.

El año último se usaban invariablemente los mismos paletós y los mismos cuellos de tafetan negro.

Hoy cada vestido tiene una confección adecuada, lo que hace que muchas señoras suprimen el cuerpo y le reemplazan con un camisón de muselina ó con una camisa napolitana de batista que lleva una pieza de guipure género antiguo.

Más que nunca las faldas describen el bulingrin de Versalles y se cortan al sesgo aun cuando tienen cinturón.

Algunas son enteramente aplastadas sobre las caderas y forman tres gruesos pliegues por detrás.

Nada más excéntrico; y no a todas conviene semejante hechura.

Es preciso que la mujer sea admirablemente bien hecha para que pueda presentarse así casi como una estatua cubierta con un velo.

Estos vestidos en forma de bulingrin son casi una reminiscencia del primer Imperio.

Todas las faldas de los vestidos se recogen sobre enaguas de alpaga blanco con rizados, ó de alpaga del color del vestido.

Pasemos revista a los trajes de temporada, dando a cada uno las atribuciones que le convienen.

Principiaremos por los trajes de viaje.

Hé aquí dos a cual más elegantes:

El primero se compone de un vestido de popelina gris de los Alpes, con falda lisa, de mucho vuelo y un chaleco a guisa de corpiño.

Sobre esta falda un justillo también de popelina muy abierto por delante para que se vea el chaleco bordado de pasamanería.

El traje de viaje bien entendido debe servir a la vez de vestido de interior y de calle.

El segundo es un vestido Gabriela de tafetan chiné color gris, con adornos de pasamanería que describen un delantal.

El cuello de la misma tela lleva un fleco al borde, y cierra con el mismo adorno de pasamanería.

Hé aquí ahora los trajes de casino y de paseo:

Un vestido de encaje de yak de un blanco nacarado con viso de tafetan malva.

La falda lleva un rizado de pliegues huecos que sostiene el encaje yak, y va ilustrada por abajo con espirales enlazadas, reproducidas por medio de guirnalda de violetas de Parma de tafetan recortado.

El cuerpo de este vestido está abierto en forma de corazón y lleva un encaje fruncido al rededor del cuerpo.

Las mangas abiertas, ofrecen igual adorno de violetas de tafetan y de encaje.

El albornoz que completa este rico traje es de encaje yak y está forrado de malva, con ribete muy ancho de tafetan recortado en forma de violetas de Niza.

Otro traje compuesto de una túnica de encaje de yak negro, sobre un viso de tafetan naranja, adornado por abajo con obeliscos de bullones orlados de tafetan negro.

La túnica está recogida sobre el lado con presillas de pasamanería.

En el hombro izquierdo hay una hombrera de pasamanería con agujetas que cuelgan sobre el pecho.

Otro traje de muselina blanca bordada de ramitos de flores silvestres de lana sobre viso blanco.

Parecen flores que acaban de ser recogidas.

La falda lleva dos grandes volantes en forma de manto de corte, en tanto que por delante hay un bonito delantal bordado de la misma manera.

El cuerpo de estilo Luis XIII está abierto derecho en punta y lleva ramos de flores silvestres a cada lado que parten del cinturón y suben hasta los hombros.

Otro vestido que se compone de una falda de tafetan gris de Persia muy larga y de mucho vuelo cortada en punta y guarnecida en cada paño con un grueso orillo del mismo color.

La falda está ribeteada con una gruesa cuerda de pasamanería.

A este vestido acompaña un sobretodo muy corto abierto y adornado con cuerdas de pasamanería en cada costura.

Este mismo traje hecho de barés es precioso.

Otro vestido de muselina blanca lisa, muy flotante, adornado con una faja escocesa anudada en forma de cinturón con un grueso lazo por detrás.

Sobre este vestido blanco, Spahis de encaje negro ó de yak blanco.

Y los sombreritos de baños de mar, ¿cómo se estilan?

Muy altos de forma, bastante puntiagudos y adornados con una escarapela ó un plumero.

Hay tantos y tantos, que no sé cuáles escoger.

Un Enrique III de paja labrada blanca y negra con una cinta de tafetan negro en torno del casco, sujetando un manojo de amapolas y de espigas.

Un encaje de Chantilly ribetea el borde del ala y cae en punta por delante y por detrás.

Este mismo Enrique III de crin habana con cinta habana que se anuda en gruesa escarapela y sujeta dos plumas de avestruz la una azul y la otra blanca; en el interior rizado de tul negro.

Un sombrero Tirolés de paja de Italia con rizado de cinta maíz en torno del casco, que se repite en el interior.

Arriba una ancha escarapela de gruesas cocas de cinta maíz con manojo de espigas de paja de Italia.

Un Coligny de paja inglesa negra con grueso adorno de plumas negras y cinta de tafetan negro anudada en forma de faja con franja por detrás.

Un napolitano de paja gris lava con lazo de terciopelo punzó y tres plumas negras. Al borde del ala encaje que forma una careta. En torno del casco ancho terciopelo punzó que se repite en el interior del ala.

Para tocado de jardín el sombrero de pastora.

Esto es mas Florian que Watteau.

Watteau adornaba á sus pastoras con un sombrero plantado sobre el rodete, sin que se supiera cómo podía sostenerse; en tanto que las pastoras de Florian llevaban sombreros redondos graciosamente inclinados sobre los ojos y engalanados con una guirnalda de florecillas azules cogidas en los trigos, con un manojito de amapolas ó un ramo de rosas.

Hé aquí ahora tres ó cuatro sombreros de calle:

Una capota de tul malinas con bavolet de blonda formando punta. Por un lado un cordón de cinta blanca que se anuda en escarapela, con musgo blanco.

Un sombrero de paja de arroz cruda con bavolet de cres-



Nuevo templo inglés en Niza.

La corona de forma Maria Estuarda es de flor de azahar con adorno de rosas blancas que sostiene un largo velo de tul ilusion. Devocionario de marfil esculpido con broche de oro y diamantes. Zapatos de tafetan blanco con lazo de blonda.

La segunda figura lleva un traje de tafetan malva que remata en un alto volante plegado y redondeado. Sobre la cabeza del volante hay guirnalda de encaje negro que suben en punta por cada paño. Cuerpo de punta con berta. Collar y brazaletes etruscos. Adorno de musgo de oro en el peinado.

El tercer traje es de gasa verde sobre viso verde, y está guarnecido de ruches de gasa. Cuerpo con berta describiendo fichu.

Tocado de yerbas verdes con corona y Florian de rosas de Bengala. Por detrás lleva cuatro peñicillos calados dispuestos de modo que separan cuatro cocas de pelo.

El último traje es de tafetan rosa y va guarnecido de pequeñas ruches de tul orlaadas con un rizado de tafetan rosa. Berta del mismo estilo con puntilla de blonda. Tocado de yerba y florecillas blancas.

pon rosa y ramos de rosas con argos tallos altos, esmaltadas de mosquitas azul turquí.

Un sombrero de tul rizado con bavolet de blonda y turbante de tul ilusion velando una rosa de cien hojas. Al rededor guarnicion de pluma blanca con capullos de rosa.

Un sombrero de paja de arroz con bavolet de tafetan violeta. Sobre el ala corona de ramilletes de violetas envueltos en musgo. La misma corona se repite en el interior. Cintas de color de violeta.

Terminaremos con la descripción del figurin, que representa trajes de boda.

El traje de la novia se compone de un vestido de tafetan guarnecido con un grueso rizado de tul ribeteado de blonda. El cuerpo es de punta por delante y por detrás, con rizado de tul y de blonda en derredor de la escotadura. Mangas de codo casi justas con hombreras de blonda y bocamangas de blonda.

Los rizados de blonda pueden reemplazarse con una serie de cocas de tafetan blanco recortado.



La bailarina Mourawieff.



El tenor Villaret.

**Nuevo templo inglés en Niza.**

Un nuevo templo concluido últimamente se acaba de abrir á la numerosa colonia que pasa la estacion de invierno en Niza.

Esta construccion es del estilo gótico del siglo XIV, que llaman en inglés *early english*, y que tanto se usa en Inglaterra. Los planos son del arquitecto Smith, de Lóndres, quien no habiendo podido permanecer en Niza, dejó la direccion de las obras al hábil é inteligente M. Pulham.

Este monumento se ha costeado por susericion, y el gasto se ha elevado á un total de 150,000 francos. Se halla situado en el barrio donde residen particularmente los extranjeros. El terreno bastante espacioso que le rodea sirve de cementerio. L.

**Los nuevos artistas de la Grande Opera de Paris.**

LA BAILARINA MOURAWIEFF. — EL TENOR VILLARET.

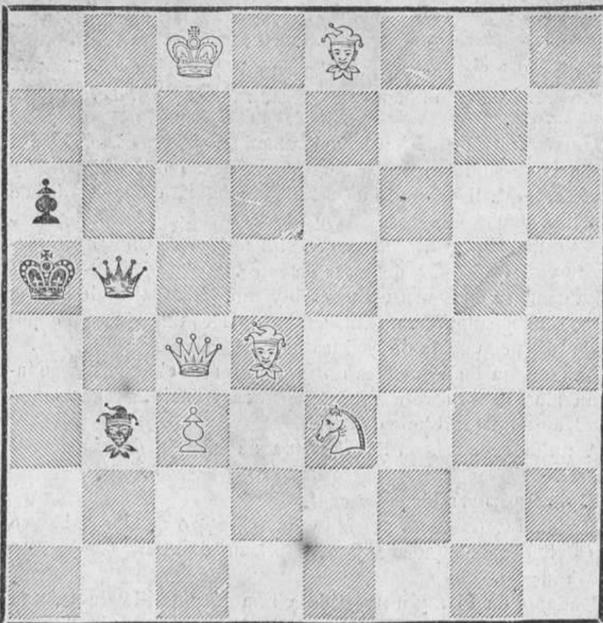
La Mourawieff es una jóven artista cuyo nombre indica suficientemente su nacionalidad. En San Petersburgo hay una escuela de baile, y en ella entró siendo muy niña, y de esa escuela pasó al teatro Imperial, en donde estuvo ajustada algunos años en el cuerpo de baile. De tiempo en tiempo la destacaban para los pasos de cinco, de siete, etc., como hacen con las jóvenes bailarinas que trabajan, progresan y dan esperanzas; pero no hace mas de dos años que salió definitivamente de estos grupos para brillar en primera linea. La Petipa reinaba entonces en el teatro de San Petersburgo, y las

**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 66.

- 1 Ra 6a Ra jaque R 5a ARa
- 2 Ra 6a CRa R 4a Ra
- 3 R 3a Ra R 4a R
- 4 Ra 4a Ra jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 67, POR M. OTWAR WEIDIG. NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

bailarinas extranjeras la Rosati y la Ferraris eran las únicas que tenían el privilegio de disputarla los aplausos del público aristocrático que le frecuenta casi exclusivamente. La Murawieff vino á ser en breve la rival de la Petipa. Cada una de ellas tuvo sus admiradores, y los aficionados se dividieron en dos campos. Entonces se crearon el partido Petipa y el partido Mourawieff, que existen aun, sin que sepamos cuál de los dos se llevará el triunfo. Entre tanto, hé aquí el retrato de una de las dos competidoras, muy aplaudida actualmente en el teatro de la Grande Opera de Paris.

El tenor Villaret, nacido en Beaucaire, ha estado empleado como obrero en una fabrica de cerveza de Avignon, de donde pasó á alistarse en la compañía de cantantes que dirige M. Brun. Este director es un aficionado distinguido de Avignon, que ha organizado en esta ciudad un *orfeon* célebre en todo el Mediodia.

Villaret, á quien habia dotado la naturaleza con una voz de una extension extraordinaria, acompañada de un gran instinto musical, vino á ser en poco tiempo el primer tenor solo de aquella compañía, y contribuyó poderosamente á sus triunfos. De allí se lanzó de repente á la escena. Hacia mas de año y medio que cantaba en el teatro de Avignon el papel de Arnoldo en *Guillermo Tell*, cuando M. Nogent Saint-Laurens, de paso por el departamento de Vaucluse, le oyó con asombro, y á su regreso habló de él á M. A. Royer, que dirigia entonces la Opera. M. Royer le dió un maestro, y Villaret salió al cabo de poco á la escena de la Grande Opera de Paris, donde recibió una acogida entusiasta desde el primer dia. Parece ser que los abonados se van cansando ya de los gritos y de la música estrepitosa; y de aqui la boga de Villaret, que es un tenor de gracia, de sentimiento y de expresion. Si Villaret consigue aclimatar su sistema, será el mas grande revolucionario de nuestro tiempo. P. P.